

Francisco Burillo Mozota



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-81 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Francisco Burillo Mozota

I.S.B.N.: 84-95306-62-X

Depósito Legal: Z. 2578-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



INTRODUCCIÓN	5
LOS IBEROS, ¿PUEBLO O CULTURA?	7
SEIS SIGLOS DE HISTORIA: TRIBUS, ESTADOS E IMPERIO	10
Los primeros cambios	10
Convulsiones sociales en el periodo Ibérico	
Antiguo	15
Etnias y regiones, no tribus	18
La invasión romana y la transformación de un territorio	22
UN LUGAR DONDE VIVIR	27
Aldeas y castros	27
<i>Oppida</i> y ciudades	32
Una ocupación intensiva del territorio	36
Casas	38
UNA SOCIEDAD COMPLEJA	43
Campesinos	44
Mineros, fundidores y herreros	48
Mujeres, dueñas y artesanos	51
Comerciantes, escribanos y recaudadores	58
Jefes y aristócratas, damas y caballeros	64

RITOS Y MITOS	71
Cementerios	71
Sepulturas en los espacios domésticos	74
Elites, guerreros, monumentos y estelas	76
Santuarios y templos	86
Terracotas y decoraciones cerámicas	88
A MODO DE CONCLUSIÓN	92
Bibliografía	93

INTRODUCCIÓN



Los iberos nos han dejado uno de los legados históricos más notables de lo que hoy es el territorio de Aragón. Durante los siglos que duró la etapa ibérica surgieron innovaciones tan dispares como la primera cerámica a torno, la generalización de la metalurgia del hierro o la implantación de formaciones políticas de rango estatal, consolidadas a través de las primeras ciudades, capaces de emitir moneda y documentos oficiales. De hecho, buena parte de los actuales centros urbanos neurálgicos se localiza en los lugares elegidos por aquellas poblaciones.

Algunas de las manifestaciones arqueológicas de los iberos, como sus poblados, cerámicas y monedas, forman parte, sin la menor duda, de los testimonios más difundidos y conocidos del pasado remoto de Aragón.

Desde que Pablo Gil y Gil iniciara la excavación del poblado de Azaila, en 1868, hasta el presente, son ya numerosos los investigadores que han centrado su interés en esta etapa de la Historia. Han sido frecuentes las monografías, las síntesis generales y los estados de la cuestión sobre aspectos específicos; trabajo acumulado del que es deudora la redacción de esta pequeña obra.

*Mi agradecimiento a Guillermo Fatás,
por su confianza; a Julián Ortega, por la lectura y
amigable crítica de estas páginas.*

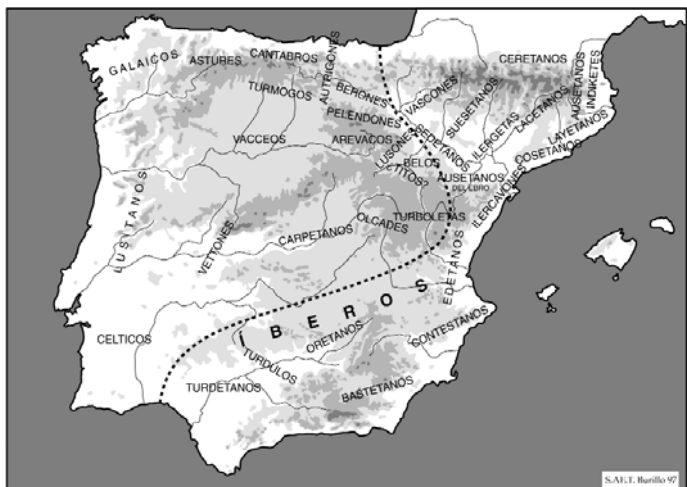
*A Pablo Gil y Gil, Juan Cabré, Pedro Bosch Gimpera,
Purificación Atrián y a todos quienes han cimentado
el conocimiento de los iberos de Aragón.*

LOS IBEROS, ¿PUEBLO O CULTURA?



Las primeras referencias de la existencia de los que denominamos iberos se remontan a las fuentes griegas del siglo VI a. C., que se refieren a ellos como habitantes de un territorio situado en torno al río *Hiberus*. Hay, no obstante, dos teorías sobre la ubicación de dicho curso fluvial. Una defiende que se trata del Tinto o del Odiel, en tierras onubenses, por lo que los primeros iberos se asentarían al occidente de Tartessos y sólo con posterioridad se extenderían por el litoral mediterráneo hasta la desembocadura del Ródano. Por el contrario, otra, que coincide con las versiones aportadas por autores clásicos como Plinio *el Viejo*, identifica el citado río con el Ebro. El nombre de Iberia llegó a aplicarse a toda la Península y con este significado geográfico ha permanecido hasta nuestros días.

A principios del siglo XX se consideraba a los iberos como un pueblo racialmente diferenciado, procedente de África, cuyos integrantes invadieron la Península y ocuparon progresivamente la costa levantina hasta alcanzar el sur de Francia, donde serían detenidos por los galos. La investigación arqueológica ha demostrado la inexistencia de esta invasión. No hay rasgos raciales que confirmen el supuesto de unos iberos como pueblo. La única identidad



Principales etnias peninsulares en el siglo II a. C.

dada a los iberos se basa en sus características culturales, en el más amplio sentido de la palabra.

Nunca hubo una sola etnia ibérica, ni un único estado, ni siquiera una unidad lingüística. Todos los datos disponibles revelan su diversidad cultural y su fragmentación política. Sin embargo, por encima de sus diferencias prevalecen aspectos comunes que dieron lugar a que los griegos, cuando llegaron a la Península, los identificaran como una entidad distinta de otros grupos, localizados en el interior peninsular, a los que denominaron celtas y celtíberos

(palabra con la que se hacía referencia a los “celtas de Iberia”, para distinguirlos de las poblaciones ibéricas costeras y de otras poblaciones también consideradas celtas).

Los estudios actuales ratifican la visión clásica, pero abundan en la diversidad que mostró en el tiempo y en el espacio esa gran manifestación cultural atribuida a los iberos, con desigualdades notables, por ejemplo, entre el siglo VI y el I a. C., o entre unas zonas y otras, a lo largo del amplio territorio que bordea el litoral mediterráneo.



Objetos hallados en San Antonio de Calaceite en 1907 (Foto: Archivo Juan Cabré)

SEIS SIGLOS DE HISTORIA: TRIBUS, ESTADOS E IMPERIO



No hay que preguntarse, pues, sobre el origen de los iberos, ya que nunca hubo un momento preciso que configurara el nacimiento de estos pueblos. Los interrogantes deben dirigirse a conocer los cambios experimentados durante la etapa histórica considerada ibérica, en la que, a lo largo de los seis siglos que van desde finales del VII a. C. hasta su plena integración en los modos de vida romanos, las poblaciones indígenas asistieron a un proceso de transformación de ritmo desigual.

LOS PRIMEROS CAMBIOS

En el siglo VII a. C., el actual territorio de Aragón —en especial, la cuenca sedimentaria del valle del Ebro— se hallaba ocupado por abundantes asentamientos de pequeñas dimensiones que los arqueólogos adscribimos a la llamada “Cultura de los Campos de Urnas”. Esta cultura, que se desarrolla en Europa occidental durante las primeras centurias del primer milenio antes de Cristo, tiene un nombre derivado de su ritual funerario inicial: tras la cremación del cadáver, depositaban los huesos calcinados en una urna, que enterraban junto a otras sin cubrirlas con

amontonamientos de piedras o túmulos. Eran poblaciones de campesinos que habían ocupado las tierras agrícolas más productivas y entre ellos no existía, aparentemente, una desigualdad social, tal como reflejan el similar tamaño de sus casas y la ausencia de diferencias notables en los objetos de sus viviendas o en los ajuares de sus tumbas.

Estas comunidades comenzaron a modificar sus modos de vida al conocer y asimilar un nuevo modelo socioeconómico que se estaba implantando en el próximo litoral mediterráneo. El Nordeste peninsular carecía de las estables colonias fenicias presentes en el Sur o en Ibiza, pero desarrolló relaciones con mercaderes procedentes del Mediterráneo oriental. La excavación del recinto de Aldovesta (Benifallet, Tarragona), situado sobre el tramo navegable del Bajo Ebro, proporcionó un centenar de ánforas fenicias. Corresponde a un pequeño centro indígena, regi-



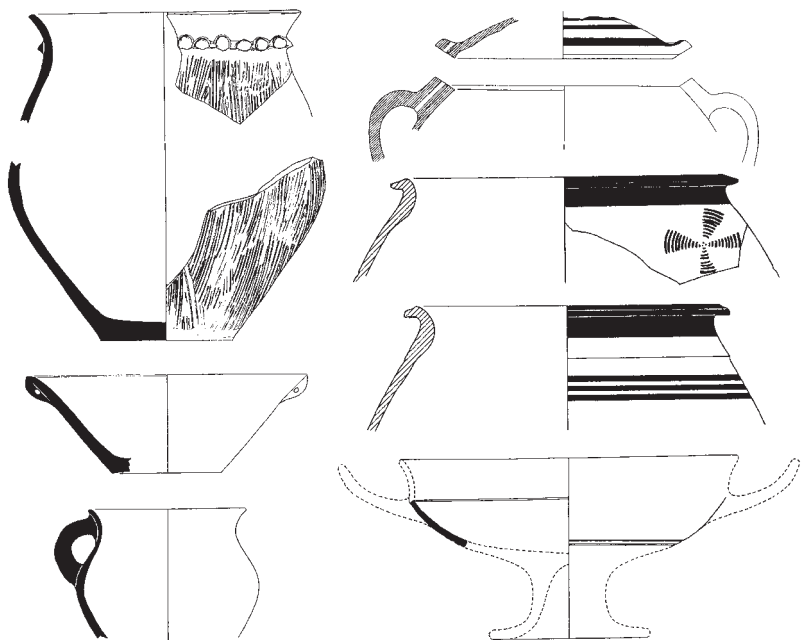
Kuílice griego de San Antonio de Calaceite (Acuarela de Juan Cabré)

do por un grupo no superior a una unidad familiar, que almacenaba vino a fines del siglo VII a. C. La presencia de cerámicas de origen fenicio en zonas del interior, como San Cristóbal en Mazaleón y Zaidín, demuestra cómo este incipiente comercio penetró asimismo en lo que hoy es Aragón. Con él llegaron productos diversos: ánforas con vino y aceite, ampollas con perfume, cerámicas que los indígenas consideraban objetos de lujo, cuchillos de hierro, adornos (como los escarabeos de origen egipcio), fíbulas (agujas imperdibles) que debían de ir asociadas a lujosas telas y vestidos, etc.

A finales del siglo VI a. C., el comercio fenicio se vio sustituido por el que controlaban los griegos desde Marsella (Francia) y Ampurias (Gerona), y la cerámica ática, fabricada en Grecia, comenzó a circular por las tierras del interior. Los vestigios más antiguos de este flujo mercantil son un oinocoe (jarra) y un quílice (copa) localizados en el poblado de Els Castellans, en Cretas. Pero también se han hallado piezas cerámicas importadas, pertenecientes ya al siglo V a. C., en Andorra y Cuarte, donde han aparecido copas e imitaciones de otras formas cerámicas vinculadas al consumo de vino, además de vasijas a torno, catalogadas como plenamente ibéricas y fabricadas inicialmente por los indígenas costeros.

¿Qué lectura se puede dar a estas evidencias? Todo indica que se organizó un comercio cada vez más estable, que

llegó a modificar las necesidades y los gustos de las poblaciones autóctonas. Por primera vez, estas comunidades accedieron a ciertos artículos de lujo, como bebidas y perfumes de fabricación foránea, que tenían como característi-



Cerámicas hechas a mano, a torno y de origen griego de El Castillo de Cuarte, Zaragoza (según J. I. Royo)

ca común su consumo inmediato. Su adquisición sólo fue posible cuando la población indígena receptora llegó a producir excedentes de una forma continuada, con el aumento de la producción de aquellos bienes destinados al intercambio: esencialmente, cereales y metales.

De esta manera, entraron en contacto con otras gentes de cultura y estructura social diferentes. Pero no toda la comunidad reguló y se aprovechó de estas transacciones. Unos pocos controlaron el beneficio del trabajo del resto del grupo, lo que les permitió acumular y redistribuir aquellos bienes de lujo. Las antiguas relaciones sociales se transformaron y surgieron elites que, poco a poco, se consolidaron como verdaderas aristocracias.

Con los productos, penetraron ideas y modas. La fabricación propia de algunos de los objetos importados implicó la introducción de nuevas tecnologías, como el torno de alfarero o la metalurgia del hierro. Como consecuencia, surgió un artesanado especializado que abandonó las antiguas actividades domésticas.

La información arqueológica demuestra que el cambio de las estructuras sociales y económicas se produjo de una forma paulatina. Así, las comunidades finales de los Campos de Urnas del valle medio del Ebro empezaron a manifestar algunos de los rasgos típicos de lo que después sería la cultura ibérica.

CONVULSIONES SOCIALES EN EL PERIODO IBÉRICO ANTIGUO

La evolución antes reseñada no tuvo un desarrollo lineal. Muchos de los poblados indígenas que acusaban el “proceso iberizador” fueron destruidos y abandonados. También varió sustancialmente el sistema de enterramientos. La estructura social que parecía asentada desde el siglo XI a. C., y que había comenzado a transformarse a partir del VII o del VI, se alteró de tal manera que se modificaron los patrones de los asentamientos y los rituales funerarios. Las tierras del valle del Ebro no fueron ajenas a los profundos cambios que estaban ocurriendo a escala europea. Desde finales del VI hasta finales del V a. C., se detectan importantes mutaciones. Así, por ejemplo, la cultura centroeuropea de Hallstatt, de los denominados “príncipes celtas”, es sustituida por la de La Tène. En el Sur de la Península Ibérica, la cultura de Tartessos entró en rápida regresión a partir del 525 a. C. y muchos de sus núcleos de población se abandonaron. Poco después, en la actual Extremadura, se produjo una atomización del poder, con el surgimiento de pequeños pero imponentes asentamientos, como el excavado en Cancho Roano.

Todo ello parece culminar, al menos en el ámbito ibérico del Alto Guadalquivir, Sudeste y Levante, con una verdadera convulsión de carácter social. No existen otras palabras para definir la destrucción sistemática de los

monumentos funerarios aristocráticos. El hecho de que los fragmentos de sus estatuas se emplearan como piedras en las tumbas construidas después en los mismos cementerios pone de manifiesto que fueron miembros de la propia sociedad los que se rebelaron contra los símbolos más queridos de la estructura social dominante. Este momento, a caballo de los siglos V y IV a. C., coincidió con el surgimiento de *oppida* (poblados fortificados) de gran tamaño no sólo en la citada zona extremeña, sino también en los territorios vetón y vacceo (Meseta central). En suma, un largo periodo de conflictos e inestabilidad eclosionó de forma generalizada con la aparición de un nuevo modelo político, organizado en torno a la ciudad-Estado.

Pero volvamos al ámbito de Aragón. Todo indica que también la consecuencia última de esta crisis fue la aparición de las ciudades, en una fecha no lejana de la anteriormente señalada para otras zonas peninsulares. Y si bien hasta el presente no se conocen niveles tan antiguos en ninguna de las urbes identificadas, el estudio de los cambios en los patrones de asentamiento lleva a inferir que se trata de un proceso similar. Las últimas investigaciones realizadas en la cuenca baja del río Huecha muestran cómo desapareció la mayoría de los numerosos poblados del periodo final de la cultura de los Campos de Urnas. A partir de este momento, sólo se identifican unos pocos núcleos, precisamente los que conocemos como ciudades en la etapa de la conquista romana.

PROCESO HISTÓRICO DE LOS IBEROS EN ARAGÓN

PERIODO	CRONOLOGÍA	HECHOS MÁS DESTACADOS	
Campos de Urnas Finales / Ibérico Antiguo	625 a. C.	Primeras importaciones fenicias (vino, perfumes, cerámicas, hierro). Aparición de las elites.	
	550 a. C.	Importaciones griegas y del litoral ibérico.	
Crisis del Ibérico Antiguo /Ibérico Pleno	500 a. C.	Destrucción de poblados. Cambios en el ritual funerario.	
	450 a. C.	Generalización del torno y de la metalurgia del hierro. Primeras ciudades-Estado. Incremento del poblamiento.	
	250 a. C.	Aparición de la escritura.	
Ibérico Tardío / Romano Republicano	218 a. C.	Inicio de la conquista romana.	
	195 a. C.	Catón ataca a suessetanos y iacetanos.	
	179 a. C.	Pacto de Graco. Emisiones monetales ibéricas. Aumento de las importaciones romanas.	
	133 a. C.	Cáida de Numancia. Fundación de ciudades y poblados en llano. Adopción de la estructura socioeconómica romana. Especialización productiva. Cerámica ibérica con decoración compleja. Estelas del Bajo Aragón.	
		89 a. C.	Bronce de Áscoli.
		78 a. C.	Guerra civil romana: Sertorio contra Pompeyo. Destrucción y abandono de ciudades y poblados.
	49 a. C.	Guerra civil romana: César contra Pompeyo. Monedas bilingües.	
	44 a. C.	Fundación de la <i>Colonia Victrix Iulia Lepida</i> (Celsa). Integración en los modos de vida romanos.	

El periodo llamado Ibérico Pleno coincidió, pues, con la aparición del Estado. La ciudad emergió como consecuencia de la concentración de la población antes diseminada por el territorio. El abandono previo de tantos asentamientos debe interpretarse como un proceso de sinecismo, es decir, de agrupamiento de los habitantes de varios poblados pequeños para formar otro de mayores dimensiones. La nueva estructura de poder estatal supuso la consolidación definitiva de las aristocracias.

ETNIAS Y REGIONES, NO TRIBUS

Los escritores de época clásica emplearon diferentes nombres —*ethnos*, *gens*, *populus*, *tribus*, etc.— para designar a una serie de agrupaciones humanas que habitaron la Hispania antigua. Pero ¿qué connotaciones políticas y sociales tenían estos términos?

Hasta hace no mucho tiempo, era frecuente identificar estas comunidades con tribus, con lo que se atribuía a esta palabra sólo uno de sus posibles significados, el político; se consideraba, así, que los iberos tenían una organización tribal. Sin embargo, cuando las fuentes escritas dan a conocer sus nombres, hecho que en el área del actual Aragón va parejo a la conquista romana, a partir de finales del siglo III a. C., también revelan que eran las ciudades las que articulaban políticamente el territorio.

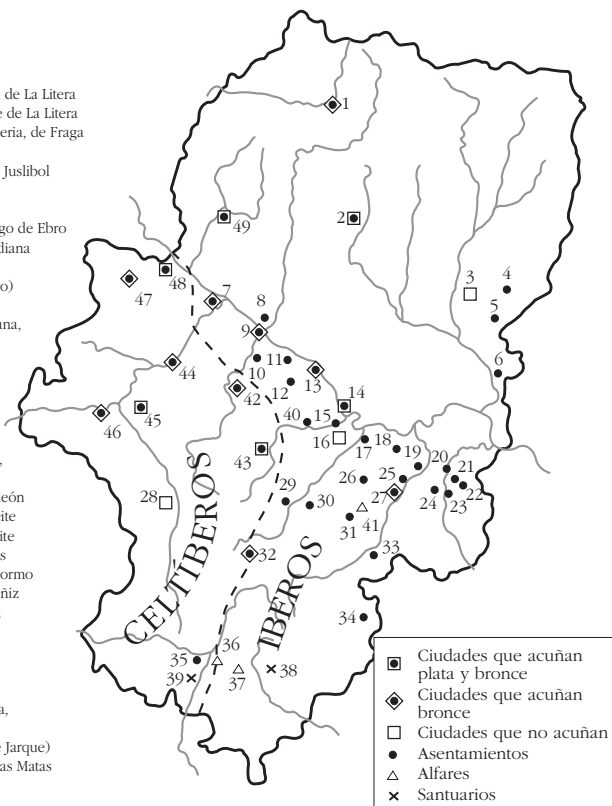
Para investigar sobre este tema es precisa la confluencia de varias disciplinas, en particular la Arqueología, la Historia Antigua y la Lingüística; su trabajo conjunto permite delimitar la ubicación de grupos humanos como los sedetanos, los suessetanos o los iacetanos en el actual territorio aragonés.

En las obras clásicas hay referencias a agrupaciones más amplias que las etnias, los llamados “grupos étnicos”, como los iberos o los celtíberos. Estos términos surgieron por la clasificación que los griegos realizaron de aquellas entidades humanas que, a sus ojos, tenían ciertos aspectos comunes. A diferencia de las etnias, que eran realidades y nombres propios de los indígenas, los grupos étnicos fueron, normalmente, categorías otorgadas por otras gentes, y en el caso de los iberos, no nos consta que se percibiesen a sí mismos como un grupo con entidad étnica.

En el ámbito ibérico, el nombre de las etnias derivó, normalmente, del de una ciudad. Así, por ejemplo, *Sedeis*, ciudad conocida porque acuñó monedas con el epígrafe *Sedeiscen* y que debe localizarse en torno a la confluencia de los ríos Aguas Vivas y Ebro, dio nombre a los sedetanos. Éstos eran, por tanto, los habitantes del Estado de *Sedeis*, que comprendía la ciudad y los asentamientos rurales distribuidos en su territorio. En otros casos, la designación no procedía de la de su principal ciudad. Ocurre así con los suessetanos, cuya adscripción étnica a los

ASENTAMIENTOS DE ÉPOCA IBÉRICA EN EL ACTUAL ARAGÓN

1. *Iaca* (Jaca)
2. *Bolscan* (Huesca)
3. *Tolous* (Monzón)
4. Oliros, de San Esteban de La Litera
5. La Vispera, de Tamarite de La Litera
6. El Pilaret de Santa Quiteria, de Fraga
7. *Alaun* (Alagón)
8. Castillo de Miranda, de Juslibol
9. *Salduie* (Zaragoza)
10. El Castillo, de Cuarte
11. La Cabañeta, de El Burgo de Ebro
12. Los Castellazos, de Mediana de Aragón
13. *Lacine* (Fuentes de Ebro)
14. *Celse* (Velilla de Ebro)
15. El Castillejo de la Romana, de La Puebla de Híjar
16. El Cabezo de Alcalá, de Azaila
17. El Cabezo de Muel, de Escatrón
18. La Tallada, de Caspe
19. La Loma de los Brunos, de Caspe
20. San Cristóbal, de Mazaleón
21. San Antonio, de Calaceite
22. Tossal Redó, de Calaceite
23. Els Castellans, de Cretas
24. Torre Cremá, de Valdetormo
25. Tiro de Cañón, de Alcañiz
26. El Tartrato, de Alcañiz
27. *Osicercda* (Alcañiz)
28. *Leonica* (Poyo del Gid)
29. El Palomar, de Oliete
30. El Castellillo, de Alloza
31. Cabecico de La Guardia, de Alcorisa
32. *Damaniu* (Hinojosa de Jarque)
33. Terraceras, de Mas de las Matas
34. La Iglesia del Gid
35. Alto Chacón, de Teruel
36. Los Vicarios, de Valdecebro
37. Mas de Valero, de Formiche Bajo
38. Cueva de Coscojar, de Mora de Rubielos
39. Peñalba de Villastar
40. *¿Sedets?*



- | | |
|--|--------------------------------|
| 41. Alcorisa - Foz Calanda | 46. <i>Bibilis</i> (Calatayud) |
| 42. <i>Contrebia Belaisca</i> (Botorría) | 47. <i>Bursau</i> (Borja) |
| 43. <i>Beliciom</i> (Azuara) | 48. <i>Turiazu</i> (Tarazona) |
| 44. <i>¿Nertobis?</i> | 49. <i>Secia</i> (Ejea) |
| 45. <i>Secatza</i> (Mara/Belmonte) | |

grupos iberos y celtas se discute entre los investigadores, y que debieron de extenderse por las actuales Cinco Villas: su nombre no está vinculado al de *Corbion*, ciudad atacada en el 184 a. C. por los romanos y que aparece como su capital, de modo que esa etnia debía de estar organizada como conjunto de los habitantes de un territorio político, sin identificación con su ciudad más importante.

Sin embargo, tras la conquista romana se acusa una clara evolución. En los antiguos territorios étnicos se fundaron nuevas ciudades. De esta manera, el nombre de sedetanos se extendió a los habitantes de nuevas urbes de la ribera del Ebro, como *Lacine* (Fuentes de Ebro) o *Salduie* (Zaragoza). La autonomía que manifestaron estos asentamientos, capaces de acuñar moneda con su propio topónimo, muestra que los sedetanos no eran en ese momento un Estado político unitario. Hay que subrayar, no obstante, la existencia de lazos no identificados, tal vez de carácter social o religioso, que en circunstancias determinadas pudieron conducir a la adopción de decisiones comunes. De hecho, puede verse cómo a finales del siglo II a. C. las ciudades sedetanas deciden unificar los iconos y símbolos de sus monedas para diferenciarse de sus vecinas suessetanas, que, a su vez, poseían acuñaciones similares.

Ptolomeo, geógrafo griego del siglo II d. C., elaboró la relación más completa que se conoce de las etnias y ciudades de la Península Ibérica. Continúan, en este autor, las

designaciones étnicas de la etapa ibérica, pero su significado había cambiado. En aquellos momentos, había etnias que ya no eran realidades políticas, ni siquiera sociales o religiosas, y su nombre se empleaba para definir amplias regiones geográficas; en ocasiones, éstas coincidían con el territorio por el que se extendían las antiguas etnias, como ocurre con los vacceos, pero en el caso del valle del Ebro, su reparto, excesivamente regular, indica una elección hecha entre los nombres que convivían en el territorio. Así, de los edetanos, originarios de *Edeta* (Liria, Valencia) en el siglo IV a. C., cinco siglos después derivó la denominación de una amplia región que llegaba hasta el Ebro. Por ello, en contra de lo que frecuentemente se ha defendido, no ha de verse en este proceso un acto de conquista o de expansión política.

LA INVASIÓN ROMANA Y LA TRANSFORMACIÓN DE UN TERRITORIO

Desde que Roma inició, en el año 218 a. C., la conquista de Hispania, el valle del Ebro se convirtió en uno de sus ejes de penetración más importantes. Con el apoyo de ilergetes y suessetanos, Catón *el Viejo* sojuzgó, en 195 a. C., a los iacetanos. Unos años después, en el 179 a. C., con la conquista del actual territorio de La Rioja por parte de Tiberio Sempronio Graco, puede decirse que Roma ya se había anexionado la mayor parte del área ibérica de Aragón.

Cierto es que muchos de los antiguos asentamientos fueron destruidos y que, como era usual para los romanos, se produjo una desmesurada explotación de la zona sometida (las fuentes son explícitas al enumerar los kilos de oro y plata que los gobernadores de este territorio declararon haber ingresado). Pero, paralelamente, la región se integró en la esfera de influencia romana. Se estabilizaron las relaciones comerciales, hecho demostrado por la frecuente aparición, en poblaciones del siglo II a. C., de cerámica considerada de lujo, como la campaniense (nombre derivado de la creencia inicial de que esta cerámica se elaboraba únicamente en la región italiana de Campania), o las ánforas destinadas a traer a Hispania vino y aceite.

Los cambios sociales y económicos fueron evidentes. Junto a los asentamientos que continuaron habitados surgieron otros, rurales, dedicados a las producciones agrícola y minera; y se fundaron, asimismo, nuevas ciudades dentro de los antiguos dominios étnicos, con diseños urbanísticos y soluciones arquitectónicas de origen itálico.

Sin embargo, la conquista romana no implicó la anulación de los elementos que se supone otorgaron una identidad diferenciada a las poblaciones indígenas. Al contrario, dentro de aquel nuevo marco la sociedad ibérica desarrolló sus peculiares y más importantes manifestaciones culturales: plasmaron su lengua en diferentes escritos y documentos, emitieron monedas y perfeccionaron expresiones

estéticas exclusivas, como las decoraciones cerámicas de Azaila y Alloza, las estelas del Bajo Aragón o el monumento escultórico de Binéfar. Es decir, los aspectos que suelen considerarse más destacados de la cultura ibérica corresponden al periodo en que el territorio se hallaba bajo la autoridad de Roma.

Poco a poco, la sociedad ibérica —y, de forma especial, su aristocracia— asimiló plenamente las costumbres romanas. Adoptó la lengua latina y también las nuevas formas sociales y religiosas, las vestimentas, etc. Un modo de vida diferente alteró de un modo radical la evolución seguida durante la etapa ibérica. Algunos testimonios ilustran esta transformación. Así, un excepcional documento, el denominado Bronce de Áscoli, datado en el 89 a. C., muestra la concesión de la ciudadanía romana a una serie de jinetes hispanos del valle medio del Ebro como recompensa a su valor en la guerra que enfrentó a los romanos con sus antiguos aliados itálicos.

Poco después, las guerras civiles entre romanos impulsaron a las poblaciones indígenas a integrarse en uno u otro bando. La emisión de monedas bilingües en *Usekerte* (*Osicerda*) en el año 49 a. C., con motivo de la victoria de César en la batalla de *Ilerda*, marca claramente el periodo de transición, que tiene su hito más importante en la fundación, en el año 44 a. C., de la *Colonia Victrix Iulia Lepida* sobre la antigua ciudad ibérica de *Celse*. Ciertamen-

te, este proceso de integración no tendría la misma intensidad en todo el territorio y las zonas rurales, alejadas de las ciudades, tardarían en adaptarse a los cambios. Pero puede concluirse que, de una forma paulatina, a partir de mediados del siglo I a. C., los iberos se fueron convirtiendo en romanos.



*Tesorillo de denarios ocultado durante las guerras sertorianas
en El Palomar de Oliete (Museo de Teruel)*

UNA VISIÓN CONTEMPORÁNEA DE LA ROMANIZACIÓN DE LOS IBEROS

Sertorio, nombrado gobernador romano de la Hispania Citerior en el año 83 a. C, trasladó a la Península los enfrentamientos civiles que pocos años antes habían assolado Italia. En el invierno del 77-76 a. C. convirtió a Huesca en su capi-

tal, centro político, económico y cultural de un amplio territorio. Lo demuestra la ingente cantidad de denarios de *Bols-can* (Huesca) que aparecen en los tesoros ocultados durante la guerra entre Sertorio y Pompeyo, y también el siguiente relato de Plutarco, que alude a los iberos como bárbaros:

«Por estas hazañas, Sertorio era admirado y querido por aquellos bárbaros, y también porque por medio de las armas, la formación y el orden romanos les había quitado aquel aire furioso y terrible, convirtiendo sus fuerzas de grandes cuadrillas de bandoleros en un ejército. Además, les adornaba los morriones de oro y plata sin preocuparse del gasto, les pintaba los escudos, les enseñaba el uso de mantos y túnicas brillantes, y así, interesándose por su buen parecer, ganaba su afecto. Pero lo que principalmente les ganó la voluntad fue lo que hizo con los jóvenes; reuniendo en *Oscá* [Huesca], ciudad populosa, a los hijos de los personajes más principales y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en realidad los tomaba en rehenes; pero en apariencia los instruía para que, en llegando a la edad varonil, participasen del gobierno y de la magistratura. Los padres, en tanto, estaban muy contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura, y que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba por sí muchas veces, les distribuía premios y les regalaba aquellos collares que los romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los hispanos que los que hacían formación aparte con el general perecieran con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llamaban consagración.»

Plutarco, *Sertorio*, 14

UN LUGAR DONDE VIVIR



Son cientos los asentamientos de época ibérica identificados en Aragón, indicio de la intensa ocupación del territorio durante este periodo y, también, de las características de la misma. Muchos fueron construidos sobre estratégicos lugares elevados, cuyas defensas naturales eran reforzadas con murallas y fosos. El impacto visual de sus restos en el paisaje ha hecho que, desde el siglo XIX, se hayan podido localizar numerosos poblados, a diferencia de lo que sucede con los de otras etapas históricas, como la romana imperial, que, por estar construidos en llano, han pasado mucho más desapercibidos.

Las fuentes clásicas hablan de distintas categorías de poblados; diferencian netamente los *oppida*, o las ciudades, de aquellos de menores dimensiones que pueden considerarse rurales.

ALDEAS Y CASTROS

Los primeros poblados ibéricos fueron los de las antiguas comunidades de la cultura de los Campos de Urnas, que comenzaron a iberizarse. Las intensas excavaciones que a principios de siglo se realizaron en la ribera del Matarraña permitieron a Pedro Bosch Gimpera dar a cono-

cer la planta de varios de ellos. Los de Piuró del Barranc Fondo y San Cristóbal, en Mazaleón, o el Tossal Redó, en Calaceite, se han convertido en referencia obligada en los estudios de la protohistoria hispana. Años después se añadieron otros, como la Loma de los Brunos, en Caspe.

Se trata de núcleos de pequeñas dimensiones que solían ocupar cimas de cerros. La mayoría responde al modelo denominado de “calle central”, cuyo diseño se realizaba de forma previa a la construcción del asentamiento. Se elegía un relieve apropiado a las necesidades del grupo y las paredes traseras de las casas hacían las veces de muralla.



Restos del llamado barrio inferior y de un torreón en San Antonio de Calaceite (Foto: F. Burillo)

Se realizaba un cálculo de las viviendas que sus habitantes podrían precisar en el futuro, ya que no hay casos, en esta etapa, de crecimiento extramuros, de casas en ladera o adosadas al exterior del recinto murado.

De nuevo hay que acudir al Bajo Aragón para encontrar los principales testimonios de los asentamientos establecidos durante el Ibérico Pleno. Tras los cambios señalados del siglo V a. C., surgieron poblados de nueva planta y emergió un mundo rural parejo al desarrollo de las primeras ciudades. Sorprende la potencia de las defensas de las nuevas fundaciones, que acusan la evolución de la poliorcética experimentada en el Mediterráneo. Els Castellans de Cretas se configura como un verdadero fortín, con un potente bastión curvilíneo en su extremo y series de parapetos en las laderas de acceso. Al primer núcleo de calle central de San Antonio de Calaceite se añade un barrio en ladera protegido por un torreón circular y una muralla. No obstante, es El Tartrato, en Alcañiz, el que mejor refleja la continuidad y el cambio existentes en esta etapa. Tiene la misma planta que los poblados de calle central de la fase anterior, pero sus viviendas están más compartimentadas y presenta un torreón junto a su entrada.

En el siglo III a. C. se edificó el complejo sistema defensivo del Cabezo de San Pedro en Oliete, con una amplia muralla y tres torreones internos; uno de ellos, del que se conservan unos muros que se levantan hasta los 14 m,



*Plano del poblado de calle central de El Tartrato de Alcañiz
 (según de F. Burillo)*

constituye el resto ibérico de mayor altura conocido en la Península. Las fuentes escritas que proporcionan la primera información directa sobre ellos están fechadas a finales de ese siglo y describen diversos tipos de asentamientos del interior: *agri*, o núcleos agrícolas dispersos de pequeñas dimensiones; *turres*, o torreones defensivos; y *vici et castella*, o aldeas y castros, en función de cuál fuese la relevancia de su fortaleza.

La investigación arqueológica ha identificado los poblados de esta etapa. Algunos tienen su origen en fechas anteriores, mientras que otros se levantaron en este periodo de gran influencia romana. El Palomar de Oliete debió de construirse ya avanzado el siglo II a. C., a juzgar por la compleja trama urbanística, en retícula, que dibujan sus calles empedradas, lo que contrasta con su reducido tamaño (3.000 m²). De igual manera, algunos de los pequeños asentamientos hallados en el entorno de Zaragoza fueron fundados en esos momentos finales de la etapa ibérica.

Son pocos los poblados iberos que alcanzaron la época imperial, en la que se evidencia una clara predilección por las ocupaciones en llano. En muchos se detecta la huella de destrucciones violentas que motivaron su abandono. Algunas corresponden al proceso de conquista de Roma, pero otras son fruto de las posteriores guerras civiles. Las luchas de Sertorio y Pompeyo, en los años setenta del siglo I a. C., y de éste contra César, dos décadas después,

tuvieron en el valle medio del Ebro uno de sus escenarios más señalados y las poblaciones indígenas tomaron parte muy activa en dichos conflictos.



Muralla y torreones de San Pedro de Oliete (Foto: F. Burillo)

OPPIDA Y CIUDADES

Las fuentes grecolatinas que narran la conquista romana dan a conocer el nombre de varias ciudades que existían a principios del siglo II a. C. Algunas de ellas están todavía sin localizar, como *Corbion*, en las Cinco Villas, y *Urbicua*, probablemente en el entorno de la Sierra de Albarracín. En otros casos, como *Iaca*, que dio nombre a los *iacetani*, se han hallado evidencias en el casco antiguo de la actual Jaca. Se desconocen las características de los primeros

núcleos urbanos que ocuparon el territorio; no obstante, como ya se ha señalado, su origen debe de remontarse a los siglos V-IV a. C.

A la información que proporcionan las obras clásicas se unen los nombres que aparecen en las monedas, en algunos casos único testimonio escrito de su existencia. La dispersión que presentan las emisiones monetales de una ceca concreta, especialmente las piezas de bronce, sirve para determinar el territorio en el que debe de ubicarse la ciudad. Las características de cada yacimiento arqueológico—sobre todo, sus dimensiones— también pueden ayudar en esta tarea: de esta forma se han podido situar *Lacine* en Fuentes de Ebro o *Damaniu* en Hinojosa de Jarque. En algunos casos, ha sido su pervivencia en época imperial romana lo que ha permitido localizarlas, como en los casos de *Osicerda*, en Alcañiz, o de *Tolous*, en Monzón. En otros, la suposición sobre su identificación ha venido guiada por la afinidad toponímica: así, *Ilducoite*, en Oliete, aunque no se ha encontrado un yacimiento de suficiente entidad como para ratificarla.

Azaila es el centro mejor conocido desde que Juan Cabré excavó su espacio más elevado, dejando al descubierto una estructura urbana vertebrada, con calles y aceras enlosadas. Pero el hecho de que algunas de sus casas repitan modelos itálicos muestra que la construcción del nivel actualmente visitable se realizaría ya avanzado el siglo II a. C.

Precisamente la conquista romana de este territorio, de forma especial a partir de la caída de Numancia (133 a. C.), favoreció un inusitado desarrollo urbano. Se fundaron nuevas ciudades, como la localizada en el Burgo de Ebro, la de Fuentes de Ebro y, muy probablemente, la propia *Salduie*. Situadas en llano, son parejas a otras que surgieron en el Nordeste peninsular y en el valle del Ebro. Presentan extensiones que oscilan entre las 10 y las 40 hectáreas y un urbanismo regular netamente itálico, reflejo de las costumbres y cambios socioeconómicos que progresivamente se estaban imponiendo.

Gran parte de las ciudades de la etapa ibérica del siglo II y primera mitad del I a. C., en el actual territorio de Aragón, emitieron monedas de bronce (ases) en algún momento de su historia. Sin embargo, fueron excepcionales aquellas que acuñaron también plata (denarios). Si se analiza la distribución de éstas —*Secia* (Ejea de los Caballeros), *Sesars* y *Bolscan* (Huesca), *Celse* (Velilla de Ebro) y, ya en territorio celtibérico, *Beliciom* (Azuara), *Secaiza* (Mara-Belmonte de Gracián) y *Turiazu* (Tarazona)—, se observa una excesiva regularidad que, unida a la jerarquización que indica el hecho de emitir denarios, muestra que esta actividad estuvo potenciada por Roma, para lo cual se apoyó en aquellas ciudades indígenas que habían alcanzado un papel central en su territorio.

El enfrentamiento entre Sertorio y Pompeyo tuvo una desigual repercusión en los núcleos urbanos del territorio.



Calles y casas del cabezo de Alcalá de Azaila (Foto: F. Burillo)

Algunos continuaron en el mismo emplazamiento durante la época imperial, como *Damaniu* y *Osicerda*, pero otros fueron destruidos y abandonados: un alto precio pagado por apoyar al bando perdedor. Poco después, se levantaron nuevas ciudades sobre solares distantes escasos kilómetros de las anteriores en lugares elevados, situación topográfica que, a veces, ha servido para defender erróneamente su antigüedad e indigenismo. En Nuestra Señora del Pueyo, de Belchite, se levantó una ciudad que tal vez corresponda a la *Belia* citada por Ptolomeo, y en el Poyo del Cid se fundó otra que se ha identificado con *Leonica*.

UNA OCUPACIÓN INTENSIVA DEL TERRITORIO

Las comunidades de Campos de Urnas habían alcanzado una amplia ocupación del territorio en los inicios del proceso iberizador, centrada especialmente en las zonas agrícolas más productivas de las cuencas sedimentarias de los afluentes del Ebro. Era el resultado de cinco siglos de expansión de estas poblaciones campesinas. Las características internas de los poblados de calle central y su estructura estable en el tiempo nos hablan de su organización social de carácter gentilicio. Su expansión se produciría por segmentación del grupo fundando otro asentamiento de similares características al originario.

A partir de la “crisis del Ibérico Antiguo” se desarrolló en el ámbito rural una nueva ocupación mucho más intensa que en etapas anteriores. De hecho, no es extraño que cada término municipal del Aragón actual presente un mínimo de dos asentamientos de esta época; y hay casos, como Alcañiz y Mora de Rubielos, que superan ampliamente la decena. La adopción de los modelos socioeconómicos romanos dio lugar, a finales del siglo II a. C., a un incremento de las producciones agrícolas, a juzgar por la multiplicación de poblados en llano junto a suelos aluviales. También aumentaron las explotaciones metalúrgicas, como reflejan los numerosos fortines con importantes escoriales que aparecen en la inmediata área celtibérica de Sierra Menera.

Este proceso estuvo ligado al surgimiento de las ciudades, convertidas en centros políticos del territorio. Como se ha señalado, en la primera etapa cada ciudad generó una etnia, pero esta relación se rompió en el siglo II a. C. y las nuevas ciudades surgen dentro de territorios con nombre étnico. Aparecieron nuevas urbes separadas entre sí por una distancia que, en el caso de las asentadas junto a la ribera del Ebro, ronda los 15 km. Pero a pesar del notable tamaño de estos núcleos, falta por conocer la ubicación de algunos de ellos.

Con carácter general, puede señalarse que en época ibérica se establecen de forma definitiva las zonas donde se situará gran parte de los principales enclaves de población de la Edad Media y los actuales centros jerárquicos del territorio. Ello es debido a que los criterios de elección predominantes (proximidad a las zonas de mayor concentración de los productivos suelos aluviales, localización estratégica respecto a los caminos naturales y redes de comunicación, etc.) continuaron siendo válidos con posterioridad.

La red urbana existente en época ibérica comenzó a jerarquizarse en la etapa romana. Muchas ciudades desaparecieron, pero otras continuaron habitadas, en ocasiones de forma ininterrumpida hasta la actualidad: *Bolscan* en Huesca, *Iaca* en Jaca o *Salduie* en Zaragoza figuran entre los emplazamientos comprobados. Otras veces, la ciudad

ibérica se abandonó y se fundó una romana próxima, pero ambas acabarían siendo lugares despoblados en época altomedieval. Sin embargo, los nuevos centros surgen a escasa distancia de aquellos a los que sustituyen; de hecho, se puede decir que varía la localización concreta pero no su función estratégica en el territorio. Es el caso de *Osicerda* con Alcañiz, de *Leonica* con Calamocha-Monreal y de *Tolous* con Monzón, por citar sólo algunos ejemplos.

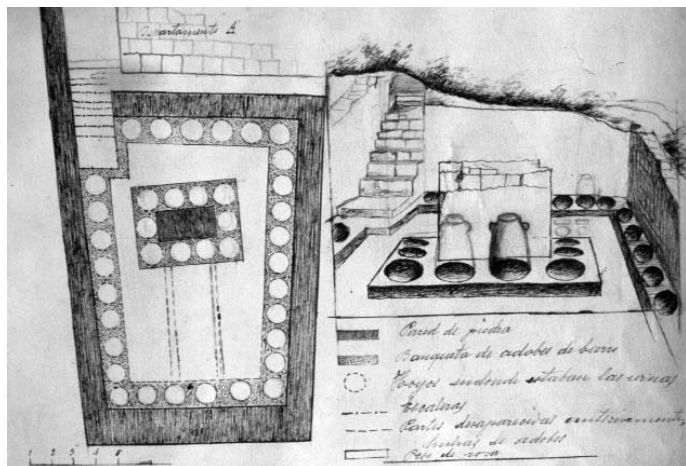
CASAS

La vivienda, lugar de residencia estable de los iberos, presenta un claro proceso evolutivo. Las casas de la fase más antigua en poco difieren de las de etapas anteriores. Tienen plantas rectangulares, con paredes medianiles, lo que implica una construcción conjunta de los distintos edificios, y el espacio interno sólo aparece compartimentado ocasionalmente. El mejor modelo conocido es el de Cortes de Navarra, en el bajo río Huecha, que ofrece un esquema tripartito con vestíbulo, una zona central con un banco vasar y un hogar, además de una despensa. En otros casos, únicamente es el uso el que crea la función dentro de un espacio único.

Las viviendas del Ibérico Pleno se encuentran bien representadas en San Antonio de Calaceite. Ya Juan Cabré señaló la existencia allí de casas de dos plantas. En algunas ocasiones, la inferior había sido excavada en la roca y

correspondía a un amplio almacén. Aunque en el momento de su descubrimiento se pensó que estaba destinada a lugar de enterramiento, hoy se sabe que se trata de una bodega, donde se guardaban tinajas colocadas sobre bancos que rodeaban las paredes.

El plano completo de El Taratrato permite conocer las características de las casas de este poblado. Todas poseen unas dimensiones similares, de unos 50 m², y sin embargo el interior, dividido en varias habitaciones, suele segmentarse de distinta forma en cada una de ellas. El espacio



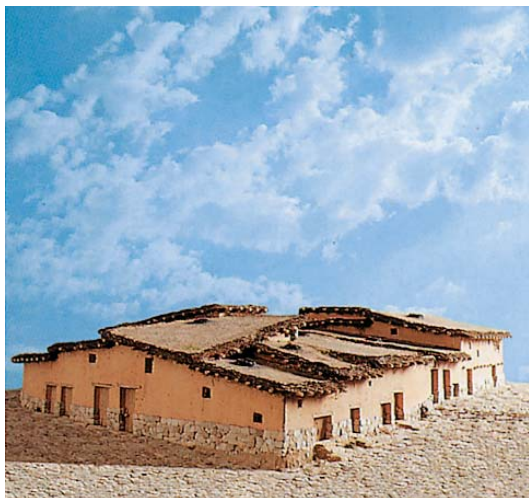
Bodega-almacén de una casa de San Antonio de Calaceite (según Juan Cabré)

doméstico adquirió gran complejidad, y pasó a diferenciarse el hogar, junto al que se apilaban los útiles destinados a guardar la comida y a su consumo, de las zonas de descanso y de las áreas de despensa y almacén. La técnica constructiva empleada es común a otros asentamientos contemporáneos: muros con zócalos de piedra y desarrollo en adobe, paredes con enlucidos y encalados, y suelos de tierra y arcilla.

La excavación completa de una manzana de viviendas en El Palomar de Oliete ha permitido identificar los espacios habitados. De nuevo, la regularidad del diseño urbano, que llevó a construir de una sola vez el conjunto de casas, no anula su diversidad. Se han llegado a localizar once viviendas y cuatro almacenes independientes. Se testimonia la existencia de dos pisos sobre el nivel del suelo, a los que se accede por escaleras. La parte baja se destinaba, normalmente, a cuadras, depósito de herramientas y bodegas; la planta superior, a cocina y a las habitaciones de descanso. Incluso es posible que algunas residencias tuvieran una tercera planta, con función de granero.

Una de las constantes de las viviendas ibéricas son los bancos corridos que sirven de soporte a tinajas y ánforas. Sus precedentes son los antiguos bancos vasares que ya se encuentran en asentamientos del II milenio a. C., como el de la Hoya Quemada de Mora de Rubielos. En la etapa ibérica, su uso se generalizó con la utilización de diferentes

materiales constructivos, como la grava (El Palomar) o la arcilla (Los Castellares de Herrera de los Navarros); pero lo más frecuente en la depresión del Ebro fue el empleo de yeso, como se constata en numerosos asentamientos: Tiro Cañón y Palao en Alcañiz, Cabezo Muel en Escatrón, Castellazos en Mediana de Aragón o Cabezo de Alcalá en Azaila. Estas estructuras forman parte de lo que tradicionalmente se ha denominado “balsas de yeso”, al cubrirse con este material no sólo los bancos adosados sino también el suelo



Maqueta de una manzana de casas de El Palomar de Oliete, en el Museo de Teruel (Foto: Andrés Ferrer)

e incluso pocetas, con la finalidad de recoger y aprovechar de mejor manera los productos almacenados y los que se pudieran verter en el suelo.

En las casas de la última etapa, las que comienzan a construirse desde finales del siglo II a. C. (que pueden verse en Azaila o en los yacimientos de Fuentes de Ebro, Burgo de Ebro, Botorrita o Zaragoza), se advierten ya claros influjos itálicos. Aparecen destacadas innovaciones en los materiales constructivos, como son los suelos de mortero y las paredes con estucos pintados. Sin embargo, los cambios más importantes corresponden a las formas y tamaños de las viviendas. El ejemplo más claro es el de La Caridad en Caminreal, donde Jaime Vicente ha descubierto una *insula* (bloque de viviendas) formada por dos casas de 270 m² y una tercera, la denominada “de Likine”, de 915 m². Se advierte, pues, no sólo un aumento notable de las dimensiones respecto de la etapa inmediatamente anterior, sino, lo que es más importante, la existencia palpable de desigualdades sociales. La extraordinaria extensión de la casa “de Likine”, donde sólo la superficie del *oecus* (estancia principal), con sus 60 m², es superior a la de toda una casa de la etapa ibérica anterior, ilustra cómo serían las viviendas de los aristócratas en estas ciudades, así como la asimilación de los modos de vida romanos. Estas grandes viviendas parecen indicar la implantación del esclavismo bajo las capas altas de una sociedad cada vez más romanizada.

UNA SOCIEDAD COMPLEJA



Los escritores clásicos hablan de una sociedad ibérica en estado bélico, de luchas encarnizadas, guerreros y jinetes con espadas y lanzas. No debe extrañar: el enfrentamiento con el potente ejército romano puso en pie de guerra a todos los iberos con capacidad de combatir; tras su derrota y conquista, se convirtieron en aliados contra otros indígenas y, posteriormente, tomaron parte en las guerras civiles romanas que se desarrollaron en este territorio. También es cierto que los poblados ibéricos se caracterizan por sus defensas, que el uso de las armas era habitual en estas comunidades y que menudeaban las luchas con grupos vecinos.

Sin embargo, no ha de tenerse una visión de constante estado de guerra por parte de toda la sociedad ibérica. Existían conflictos, pero también alianzas y pactos. Los combates, incluso durante la fase más importante y trágica, la de la conquista romana, deben ser considerados como momentos excepcionales.

Cultivar campos, extraer minerales, fabricar vestidos, herramientas y utensilios, o preparar comidas, eran algunas de las múltiples actividades cotidianas que ocuparían el día a día del quehacer de los iberos.

CAMPESINOS

Las características de los asentamientos que se levantaron en el valle del Ebro desde los inicios del I milenio a. C. revelan su pertenencia a una sociedad campesina en la que predominaban las tareas agrícolas, con complemento de las ganaderas y recolectoras, y de la caza. Pero se advierten notables cambios a lo largo del tiempo. En los primeros siglos de su existencia, prima el autoconsumo; se producía según las necesidades del grupo y los únicos excedentes se destinaban a satisfacer las relaciones sociales. La aparición de las elites obligó a aumentar la producción y a estabilizar la obtención de excedentes, a la par que se intensificaban las relaciones comerciales.

A partir de los estudios de las semillas rescatadas por los arqueólogos en los yacimientos, es posible saber qué plantas se cultivaban y consumían. Las investigaciones de Carmen Cubero han demostrado que, ya desde el Bronce Final, predominaba el cultivo del cereal: trigo, cebada y avena. No obstante, se asiste a un interesante proceso evolutivo: los trigos vestidos (aquellos que conservan las glumas, por lo que precisan operaciones especiales, como tostar y machacar la espiga, para convertirla en trigo limpio) se ven sustituidos de forma progresiva por los desnudos, hasta ser dominantes a partir del Ibérico Antiguo. Otras especies vegetales de las que también hay vestigios son el mijo, el apio y la zanahoria, sin que se haya podido



Campeño con arado y junta de bueyes en un cálato de El Cabezo de la Guardia de Alcorisa (Dibujo: P. Atrián y M. Martínez)

averiguar si estas dos últimas son silvestres o fruto de cultivos hortícolas. La presencia de leguminosas es limitada; se conocían el haba, la almorta, el yero y la veza.

También se ha constatado, en las amplias áreas donde domina la carrasca, el consumo humano de bellotas durante esta época. Incluso un análisis de las minúsculas muestras de almidones conservadas en los molinos de Numancia ha demostrado que se empleaban muelas especiales para su molienda.

La implantación de la vid y olivo supuso un cambio importante en la dieta alimenticia. El consumo tanto de aceite como de vino está atestiguado por el hallazgo de sus envases (ánforas) en muchos asentamientos, especialmente a partir del siglo III a. C. Si bien desde el siglo VI a. C.

ambas especies ya se cultivaban en el litoral catalán, por influencia de las poblaciones coloniales mediterráneas, su difusión hacia el interior fue posterior; todavía no se ha determinado el momento preciso en que ocurrió y su grado de aceptación en estas comunidades.

Por lo que respecta al utillaje agrícola, se asiste a una verdadera revolución desde que se generaliza la tecnología del hierro, hecho que en el ámbito ibérico ha de fecharse a partir del siglo V a. C. Los instrumentos que van saliendo a la luz muestran una gran variedad y especialización. Los datados a partir del siglo III a. C., sobre todo, son los que se han mantenido, con escasas variaciones, hasta épocas recientes: lanzas de arado, podaderas, hoces, horcas, picos, azadas, azadones, etc. Dos cálatos (vasijas de forma troncocónica) localizados en Azaila y Alcorisa ofrecen, entre sus casi idénticas decoraciones, la escena de un labrador con arado y yunta de bueyes. En sí, es el símbolo del sustancial cambio que se produce con la difusión y uso de las herramientas de hierro. Con ellas, se facilitan las roturaciones y labrantíos, y surgen utensilios específicos para cultivar las huertas. En suma, aumentan tanto la superficie trabajada como los rendimientos obtenidos.

No se sabe con certeza cuáles fueron los sistemas de cultivo que se emplearon. El estudio de la ubicación de los poblados revela su relación con terrenos agrícolas donde, desde las etapas iniciales de la cultura ibérica, se recurrió

al barbecho. La escasez de restos de leguminosas indica que no se había estabilizado su alternancia con los cereales, lo que aporta nitrógeno al suelo, tal como se acostumbrará a hacer en época romana. No es fácil corroborar el uso de técnicas de regadío a partir de la morfología de las semillas. La rápida expansión de los asentamientos junto a zonas aluviales, desde el siglo VIII a. C., puede ser indicio de su temprano desarrollo. Sin embargo, el momento en que se constata, ya sin duda, la presencia de regadíos, corresponde a finales del siglo II a. C., de forma paralela a la intensificación del poblamiento junto a la vega de los ríos. Un bronce latino descubierto en Botorrita y fechado en el 87 a. C. recoge el primer litigio conocido sobre el trazado de una gran acequia, en el que se ven implicadas las ciudades de *Alaun* (Alagón) y *Salduie* (Zaragoza).

Los estudios de los huesos localizados en los yacimientos arqueológicos permiten conocer la fauna que se consumía y, por ende, deducir qué ganadería existía y qué animales se cazaban. Era mayoritaria la cabaña doméstica frente a las especies salvajes, entre las que sobresale el ciervo. Las investigaciones de M^a Fernanda Blasco han puesto de manifiesto cómo en el valle medio del Ebro, al igual que en la franja mediterránea, predominaba el ganado ovino y caprino. Los cerdos y las vacas eran escasos y los bueyes se empleaban como animales de tiro. Desde el II milenio a. C., se realiza un aprovechamiento integral de los animales: carne, pieles, cuernas y huesos, además



de lana y leche, para hacer queso. En la actualidad, uno de los temas de debate entre los estudiosos es el de si se practicó o no la trashumancia entre los iberos, hecho improbable.

Esquilas de ganado procedentes de El Palomar de Oliete, en el Museo de Teruel (Foto: Andrés Ferrer)

MINEROS, FUNDIDORES Y HERREROS

El bronce, aleación de cobre y estaño, era el metal con el que se fabricaban utensilios, armas y adornos durante los primeros siglos del primer milenio. La frecuente aparición de moldes en los poblados relacionados con la cultura de los Campos de Urnas muestra su elaboración local. Quienes fundían y daban acabado a los objetos bronceíneos eran personas que dedicaban a ello sólo una parte del tiempo de sus actividades cotidianas.

La aparición del hierro supuso grandes innovaciones. Su tecnología era más compleja que la del bronce. La transformación del mineral en metal requería temperaturas más altas, el empleo de fundentes específicos y una técnica diferente para la posterior elaboración de objetos, la forja.

El resultado eran utensilios y armas mucho más resistentes y eficaces. Por otra parte, si el estaño era un mineral de difícil localización, el hierro era mucho más abundante. De hecho, en el ámbito de Aragón se explotaron en la época ibérica dos modelos de afloraciones distintas: las concentraciones metalogénicas que pueden observarse en el Sistema Ibérico, uno de los focos más importantes a escala peninsular, y los ricos filones, aunque de escasa potencia, que existían en el límite meridional del Bajo Aragón.

Pero ¿cuándo surge la metalurgia del hierro? y, sobre todo, ¿cuándo se generaliza su uso? Los primeros objetos que circulan en la Península Ibérica se remontan a finales del II milenio a. C. Su procedencia es foránea, seguramente de los focos del Mediterráneo oriental, como Chipre. De su apreciación como material de extraordinaria rareza y valor, más simbólico que utilitario, puede dar idea la presencia en el tesoro de Villena (Alicante) de un único fragmento, embutido en oro. En el valle del Ebro y el Nordeste peninsular, salvo en el caso del excepcional hallazgo en Vilars (Lérida) de un horno con un nódulo de hierro en fechas tan tempranas como el 700 a. C., sólo a partir de la segunda mitad del siglo VII a. C. comienzan a ser habituales los objetos de hierro en los yacimientos. Aparentemente, fueron los fenicios los que difundieron estas piezas desde el litoral mediterráneo. Eran elementos exóticos: cuchillos, hojas de afeitar, anillas, etc., que se depositaron como ajuar de los muertos en las tumbas de las necrópolis.

Los primeros vestigios de elaboración local de utensilios de hierro, datables en el siglo VI a. C., han sido detectados en el poblado de las Terraceras, de Mas de las Matas. Pero la técnica empleada era todavía muy rudimentaria, pues se calentaba directamente el mineral y se martilleaba, lo que producía un metal frágil.

La generalización de las técnicas de la forja entre las comunidades indígenas parece realizarse a partir del siglo V a. C. A juzgar por la presencia de escorias en la superficie de diferentes asentamientos de época ibérica, empiezan a aparecer herreros en los poblados. Los conocimientos tecnológicos y la abundancia de materia prima, a lo que se unieron los cambios socioeconómicos habidos en esta época, dieron lugar a que el hierro transformara la diversidad de herramientas y otros objetos disponibles. Por primera vez, el empleo del metal no se restringió a las armas o a los objetos suntuarios, que en su mayoría siguieron fabricándose en bronce; de hecho, hay buenas pruebas de artesanos que trabajaban aún ese metal para fundir y decorar piezas para adorno y complemento de la vestimenta: fibulas, broches de cinturón, placas repujadas, etc.

El hierro se utilizó preferentemente para forjar armas y herramientas, es decir, los utensilios que debían tener mayor resistencia. Se confeccionó una gama muy diversa de elementos relacionados con todo tipo de actividades. Su posesión se generalizó entre la población, con el corres-

pondiente incremento de los resultados en las diferentes tareas: agricultura, minería, carpintería, etc.

Ahora, bien, en la etapa final de este proceso, cuando en el siglo II a. C. la sociedad ibérica entró de lleno en la estructura socioeconómica romana, se desencadenó un nuevo cambio, el del aumento de la producción a gran escala. Los testimonios más evidentes se encuentran en el cercano ámbito celtibérico del Jiloca. Las ya antiguas minas de Ojos Negros, que alimentaron hasta hace poco la siderurgia de Sagunto, comenzaron a explotarse de forma sistemática. La minería pasó de ser una actividad complementaria a requerir una verdadera especialización. Necesariamente tuvieron que existir mineros dedicados en exclusiva a esta labor. Se construyeron auténticos fortines que, a juzgar por la cantidad de escoria que aparece junto a ellos, se convirtieron en lugar de control y vivienda de los fundidores. El metal podía ya exportarse pero, seguramente, buena parte del mismo se forjaba en las cercanías de la mina, como lo prueba la gran concentración de utensilios aparecidos en la próxima ciudad de La Caridad de Caminreal, donde residía la aristocracia que dirigía y se beneficiaba de estas explotaciones.

MUJERES, DUEÑAS Y ARTESANOS

La llamada “Arqueología del género” hace hincapié, con toda la razón, en que en la interpretación del pasado la

mujer queda relegada al papel de mera comparsa anónima del varón, responsable de la reproducción y de unas tareas domésticas no definidas. Es cierto que la sociedad ibérica era patriarcal, que el gobierno, la caza y la guerra eran privilegios masculinos, lo mismo que actividades productivas como la minería, pero también lo es que las labores que realizaban las mujeres tuvieron un peso destacado y que ellas colaborarían frecuentemente en trabajos externos al ámbito doméstico, como los agrícolas.

En realidad, la mujer pudo realizar en el interior de su residencia múltiples actividades. Sólo cuando surge una verdadera “industrialización” de ciertas producciones, lo que se detecta a partir del II a. C., aparece un sistema de dedicación completa al trabajo, a tiempo completo y fuera de la vivienda.

Nadie niega que el espacio del hogar fuera un dominio femenino, o que la crianza de los hijos se compaginara con una variada serie de tareas cotidianas, como la molienda o la preparación de alimentos. Pero sus responsabilidades fueron más amplias. La mujer se encargaba de la confección de vestidos, lo que implicaba un largo proceso que incluía labores como el cardado de la lana, el trenzado de los hilos, el tejido de las telas, los bordados, teñidos y adornos con impresiones de colores. La importación en la etapa ibérica de telas foráneas, codiciadas por su textura y vistosa decoración, no anuló en ningún momento las producciones locales.

Se da por hecho que determinadas actividades artesanales, como las ejecutadas por orfebres para la elaboración y ornamentación de bronce y joyas, con técnicas variadas de pulimento, repujado, damasquinados, etc., eran patrimonio masculino, pero nada se ha demostrado en este sentido.



*Reconstrucción de un telar de tipo vertical, en el Museo de Zaragoza
(Foto: José Garrido)*

Las cerámicas, que son los objetos más perseguidos por los arqueólogos, dada su abundancia y buena preservación, fueron frecuentes en la sociedad ibérica, ya que los alimentos y las bebidas necesitaban recipientes para su traslado, almacenamiento, cocción y consumo. Cuando se excava una vivienda, puede observarse el gran número y la variedad de estos tipos de piezas.

En las comunidades de los Campos de Urnas dominaba la cerámica hecha a mano, en una gran variedad de formas, las necesarias para cubrir las funciones antes mencionadas: tinajas, cazuelas, ollas, cuencos, escudillas, etc. Se puede afirmar que, en una sociedad caracterizada por el autoconsumo, la elaboración de la cerámica formaba parte de aquellas actividades que podemos considerar domésticas y, por tanto, lo normal es que recayera en la mujer.

Uno de los rasgos que suelen vincularse con la iberización es la presencia de cerámica a torno, de pasta depurada y decoración de color vinoso, uno más de los productos que comienzan a llegar a partir de finales del siglo VII a. C. En el V a. C. pueden fecharse las primeras producciones de este tipo de cerámica en el valle medio del Ebro. Desde entonces su presencia fue en aumento, sin que llegara a desplazar a la hecha a mano, que pervivió en formas muy concretas, especialmente grandes tinajas y ollas destinadas a la cocción de alimentos.

La cerámica a torno supuso un notable cambio tecnológico, nuevas necesidades de espacios y edificios, y un aumento de la producción. La utilización de arcilla depurada implicaba su decantación en balsas. Además del habitáculo donde se encontraba el torno, se requerían otros anejos para el oreo de las piezas en crudo y para el secado previo a la aplicación de la pintura. Se construyeron hornos de gran capacidad, con una estructura similar a la de muchos de los que han perdurado hasta nuestros días. El fuego se encendía en una cámara inferior; el calor atravesaba una parrilla con toberas donde se colocaban las vasijas, protegidas por una superficie abovedada.

Todos los hornos de época ibérica localizados en Aragón se situaron, sin excepción, alejados de los poblados, como ocurre en Allueva, Formiche Bajo, Orihuela del Tremedal, Valdecebro, Velilla de Ebro, etc. Debe destacarse el conjunto existente junto al río Guadaloque, entre Foz-Calanda y Alcorisa. La concentración de alfares que allí se encuentra constituye un caso excepcional a escala peninsular.

Desde el siglo II a. C. se comprueba la incidencia del nuevo modelo económico romano. La intensificación de la producción dio lugar a que se sellaran con el nombre del alfarero ciertos productos: pesas, tinajas, morteros, etc., con los que se creó un mercado de carácter regional, ya que los hallazgos se concentran en el valle medio del Ebro.



Innovaciones de similares características socioeconómicas se produjeron en uno de los nuevos oficios que surgieron en esta etapa final de la cultura ibérica, el musivario. Los aristócratas de la época solicitaban a estos artesanos para que cubrieran y decoraran con mosaicos los suelos de las estancias más preciadas de sus palacios. Debía de ser una labor de alto coste, a juzgar por el reconocido prestigio que se otorgaba los autores de estas obras, como demuestra la hallada en La Caridad de Caminreal.

Una cartela de 2,46 m de longitud situada en el centro del mosaico, junto a la entrada, reza: «*LICINETE. ECIAR.*

Das técnicas cerámicas contemporáneas: olla a mano y jarra (oinocoe) a torno, de inicios del siglo III a. C. Los Castellares de Herrera de los Navarros (Foto: F. Burillo)

USECERTECU», esto es, «Licine de Osicerda lo hizo». Pero lo más curioso es que este Licine de la zona de Alcañiz (cuyo nombre tal vez sea una adaptación ibérica del antropónimo latino *Licinius*) llegó a fundar un taller en *Bilbilis* desde donde sus operarios se desplazaron a Ándelos, en Navarra, para confeccionar otro mosaico similar.



Ánforas de origen itálico, utilizadas para transportar vino y aceite, encontradas en Azaila y depositadas en el Museo de Zaragoza (Foto: Luis Mínguez)

COMERCIANTES, ESCRIBANOS Y RECAUDADORES

Se ha visto cómo la aparición de productos foráneos de origen mediterráneo entre las comunidades finales de los Campos de Urnas del siglo VII a. C. indicaba el inicio del proceso iberizador. Las relaciones comerciales fueron, pues, el motor que impulsó los cambios culturales, sociales y económicos en estas poblaciones del interior. Ya se ha señalado que esta actividad incidió directamente en la aparición de las elites.

En el siglo V a. C., algunos documentos de carácter mercantil, como dos plomos griegos localizados en Ampurias y en Pech Maho (Sur de Francia), muestran la existencia de iberos responsables de transacciones con los helenos, que años atrás habían fundado las colonias de *Massalia* (Marsella) y *Emporion* (Ampurias). De hecho, las ya abundantes láminas de plomo con escritura greco-ibérica e ibérica halladas en asentamientos y necrópolis indígenas próximas al litoral fueron redactadas con fines comerciales; de manera que el desarrollo inicial de la escritura entre los iberos tuvo como finalidad resolver los problemas de comunicación que se establecían entre los mercaderes.

Aún más, deben tenerse en cuenta las recientes —y discutidas— teorías de Javier de Hoz sobre el origen y la difusión de la lengua y escritura ibéricas. Esta lengua llegó a hablarse desde el Sudeste peninsular al Lengüadoc francés, y surgió ante la necesidad de establecer un sistema de

comunicación, a partir del momento en que se habían estabilizado las relaciones comerciales. Ello explicaría la uniformidad idiomática existente en este vasto territorio. Todos los indicios conducen a señalar que su origen está en el habla de los contestanos, asentados en la actual comarca de Alicante, y que serían las relaciones mercantiles establecidas entre éstos y los griegos emporitanos las responsables de esa comentada uniformidad. El ibérico más extendido sería, pues, una lengua vehicular o franca, que progresivamente se hizo común a una amplia zona, algo parecido a lo que ocurre con el actual inglés, que utilizan comunidades de distinta habla para poder comunicarse. De hecho, un análisis pormenorizado de la onomástica que aparece en las cerámicas de Azaila parece confirmar la existencia de un estrato lingüístico diferente.

Pero, independientemente de la aceptación de esta teoría, que siempre implicaría un enmascaramiento de las divergencias lingüísticas existentes, lo cierto es que existió una familia ibérica de lenguas que se extendieron de forma continuada por el territorio considerado ibérico por sus contemporáneos griegos y romanos.

No obstante, en las zonas del interior del actual Aragón no han aparecido plomos escritos. La escritura se desarrolló en etapas más tardías, aparentemente en el siglo III a. C., poco antes de la penetración romana, pero la mayoría de los textos ibéricos conocidos fue redacta-

	a		l		
	e		r		
	i		ř		
	o		n		
	u		m		
			-		
			s		
			ś		
	ba		ta		ka
	be		te		ke
	bi		ti		ki
	bo		to		ko
	bu		tu		ku

*Signario ibérico y sus equivalencias
(según M. Beltrán)*

lo que permite conocer el nombre de las cecas; también de carácter público debe considerarse el hasta ahora único monumento con simbología funeraria hallado en Binéfar. La mayor variedad de uso de los textos corresponde, sin embargo, a las actividades privadas: grafitos sobre el estuco de una pared, como el localizado en Calaceite, o, más frecuentemente, sobre cerámicas, como el excepcional conjunto de Azaila o los textos pintados aparecidos sobre

da en los siglos II y I a. C.; entre estos textos figuran los grafitos numerales marcados sobre las tinajas para indicar su capacidad, como los localizados en el Alto Chacón de Teruel y en la Atalaya de Azuara.

En aquellos momentos, la escritura estaba generalizada para múltiples actividades, lo que indica que amplios sectores sociales habían comenzado a saber leer y escribir. Se utilizaba en documentos oficiales, como los decretos grabados en placas de bronce, y en las monedas,

los cálatos de Alloza; sellos impresos que recogían los nombres del alfarero, en Azaila y Fuentes de Ebro; lápidas, en Fraga, Cretas y La Iglesuela del Cid; o el comentado mosaico de Caminreal.

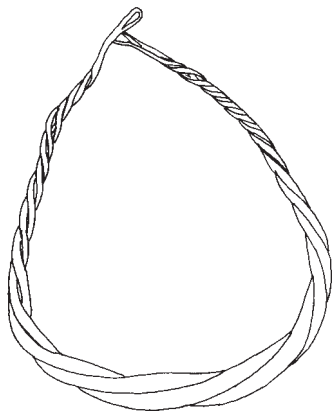
Las primeras relaciones mercantiles estaban basadas en el trueque, en el intercambio de productos: los que se necesitaban por los que sobraban. Pero la eficacia de estas transacciones se apoyó en el desarrollo de unos valores o referencias estables, de unos sistemas metrológicos. Al ampliarse la red comercial se impuso la necesidad de unificar y fijar los pesos y las medidas empleados.

Surgió, de esta manera, un sistema ponderal, bien atestado en el área ibérica litoral por la frecuente aparición de pesas de plomo. Hay que suponer un uso similar entre las poblaciones del interior, con esa resistencia que se viene detectando en otros procesos. No obstante, el hallazgo en el asentamiento alavés de La Hoya de un conjunto de ponderales con una metrología diferente, propia de la Meseta y de la zona de Extremadura, señala que en el territorio del actual Aragón no sólo confluyeron dos lenguas y dos culturas, la ibérica y la celtibérica, esencialmente, sino también dos grandes sistemas de medidas.

Un testimonio de excepción de esta convergencia es el torque o collar de plata procedente de Camarillas. Últimamente se están valorando las joyas más allá del uso suntuaria-

rio o de acumulación de riqueza que registra su hallazgo en tesoros. Las investigaciones de M^a Paz García Bellido sobre las marcas y pesos de los torques y brazaletes presentes en el meseteño territorio vacceo han demostrado que responden a unos múltiplos o divisores de una unidad de peso, que se sitúa entre 45 y 55 gramos. A dicha unidad se adaptan las joyas, enteras y troceadas, y las tortas de plata localizadas en el tesoro de Driebes (Guadalajara). Y a la misma corresponde el torque de Camarillas, con sus 150 gramos de peso. Precisamente, una de las características morfológicas de estos torques funiculares,

formados por alambres sólidos de plata, es la facilidad con que podían dividirse a la hora de realizar un pago determinado de cierto relieve; en definitiva, nos encontramos ante un verdadero dinero premonetal.



*Torque de plata procedente de El Cabezo de El Palomar de Camarillas
(dibujo de F. Burillo)*

Los estudios sobre los botines de guerra en la Citerior muestran que estaban formados por una ingente cantidad de plata y oro, en forma de lingotes, coronas (seguramente, los mencionados torques), objetos y monedas. Solamente

en los veinte años que van desde el 196 al 175 a. C. se calcula que fueron entregadas a Roma más de cien toneladas de metales preciosos, cifra oficial que representaría sólo una parte de la realmente extraída.



Denario de Bolsca (Huesca)

Las monedas son dinero con un peso y valor establecidos, garantizados por la entidad que las acuña. Las primeras que se emitieron en el actual territorio de Aragón fueron las de las cecas de *Celse*, en Velilla de Ebro, *Sedeiscen*, probablemente en la Puebla de Híjar, y *Secaiza*, en Mara (en esta ceca, escrita en lengua celtibérica, se transcribe como zeta un sonido sibilante, anteriormente transcrito como ese). Imitaron los modelos iconográficos de emisiones anteriores de *Cese*, en Tarragona, e *Ildirda* (*Ilerda*, Lérida). Estas acuñaciones iniciales surgieron inmediatamente después de que Tiberio Sempronio Graco, en

el 179 a. C., impusiera un pacto a los indígenas del valle del Ebro. Las tres ciudades señaladas deben considerarse como centros políticos y económicos de este territorio.

¿Qué función tuvieron estas primeras monedas? El hecho de que presenten el nombre de la ciudad, e iconos relacionados con su estructura de poder, indica que se convirtieron en la máxima representación política de la ciudad. La existencia en estas emisiones de unidades en bronce, con diferentes divisores, muestra que no se podrían emplear para el pago de las recaudaciones romanas, lo que sí ocurrió con los denarios de plata, sino en las transacciones comerciales locales. No obstante, su aparición debe relacionarse también con el nacimiento de una fiscalidad del Estado, que las ciudades principales debieron de imponer a los habitantes de su territorio. La moneda fue la forma más fácil de recaudar y atesorar los impuestos.

JEFES Y ARISTÓCRATAS, DAMAS Y CABALLEROS

La aparición de unas elites sólo es posible si existe una diferencia social, si hay personas que pueden alimentarse con los excedentes que produce el resto de la comunidad. En todas las culturas del ámbito mediterráneo, la emergencia de unas jefaturas estuvo ligada a la posesión de bienes de prestigio relacionados con su vestimenta, su armamento y unos rituales determinados; de hecho, son los restos

arqueológicos depositados en las tumbas los que suelen servir para su identificación. El ajuar hallado en Les Ferreres de Calaceite pertenecía a un representante de esa elite del siglo VI a. C., lo que acusa los cambios sociales que se estaban produciendo con los inicios del proceso iberizador.

El nacimiento de la ciudad supuso la consolidación de la aristocracia, la irreversibilidad de una evolución vinculada a un nuevo modelo de relación. Pero aunque la aristocracia residiría, como forma más usual, en las ciudades, también pudo habitar en núcleos considerados rurales. Las excavaciones realizadas en el asentamiento de Castellet de Bernabé, en Valencia, demuestran cómo un poblado rural, surgido en el siglo IV a. C. y dependiente de la ciudad de *Edeta*, reestructuró la disposición de sus casas para crear la residencia de una familia aristocrática que controlaba la actividad del resto de los habitantes, especializados



Lancero a caballo en un cálatos de El Cabezo de la Guardia, de Alcorisa

en diferentes tareas agrícolas y metalúrgicas. Este proceso no está atestiguado en los escasos asentamientos excavados en Aragón. Así, un poblado que se funda en fechas similares y comparte una planta parecida, El Taratrato de Alcañiz, se despobló antes de acusar transformaciones sociales de tal magnitud. En este caso se trataría de un núcleo rural que, en servidumbre, producía los excedentes que precisaba la aristocracia urbana.

Ya se ha señalado el total desconocimiento que se tiene de las ciudades de esta primera fase. Hay que esperar al siglo III a. C. para comenzar a contar con la información que proporcionan las fuentes escritas. Arturo Ruiz señala que mientras en el territorio ibérico meridional se consolidó la figura del rey, que llegó a gobernar sobre varios núcleos urbanos, en el Levante y el valle medio del Ebro las referencias de reyes o régulos se relacionaban con una única ciudad, la que daba nombre a la etnia, en un proceso que enlazaba las antiguas jefaturas preciudadanas con las aristocracias urbanas.

La conquista romana supuso un reforzamiento de la aristocracia local. Desde un principio, fueron los verdaderos recaudadores de los ingentes botines que los gobernadores llegados de Roma detraían del territorio conquistado. Pero, en la progresiva integración de la sociedad ibérica en la esfera romana, aumentaron su poder con la asimilación del esclavismo, los nuevos modelos de servi-

dumbre y el incremento de las producciones, ya comentado, hasta convertirse en una verdadera oligarquía ciudadana. Para esta fase final se posee ya información gráfica. Las monedas, símbolos por excelencia de los nuevos Estados, muestran en su iconografía, de forma reiterada y constante, a jinetes portadores de diferentes emblemas. Este universo ideal del jinete lancero es el que vuelve a aparecer, repetidamente, en una peculiar manifestación de esta época: las denominadas estelas del Bajo Aragón. No es, pues, extraño que sea difícil hallar huesos de caballo en los yacimientos, puesto que ese animal no estaba destinado al consumo, sino a montura de caballeros.



*Cálatos procedente de
La Guardia de Alcorisa,
Teruel (Museo de Teruel)*

DOS INTERPRETACIONES DIFERENTES PARA UNA DECORACIÓN EXCEPCIONAL

Las excavaciones de Pablo Gil y Gil en Azaila dieron lugar al descubrimiento de un cálaro con una decoración excepcional, aunque incompleta. Un siglo después, Purificación Atrián y Montserrat Martínez hallaron en El Cabezo de la Guardia, de Alcorisa, un ejemplar completo de una vasija similar, que guardaba grandes semejanzas con la anterior y parecía proceder del mismo alfarero. Recientemente, dos prestigiosas investigadoras del mundo ibérico han proporcionado dos lecturas distintas de esta ornamentación, lo que resulta indicativo de la dificultad que encierra su interpretación.

M^a Rosario Lucas defiende que se trata de la plasmación de un mito religioso propio de una sociedad campesina, que gira en torno a la figura del labrador desnudo, ejemplo de la fecundidad de la tierra. Observa una gran relación con los motivos que aparecen en las sítulas (cubos metálicos decorados, destinados a usos rituales) itálicas, donde encuentra también personajes contrapuestos que, en el caso de estas vasijas, expresarían la mediación divina. Son los orantes que, según Francisco Marco, aparecen frecuentemente en el mundo semita. Las escenas de violencia, formadas por lanceros, jabalíes y lobos, aludirían, en su idea de lucha y triunfo, a una gesta mítica. La amalgama de vegetales, aves y peces simbolizaría, a su vez, misterios de lo sobrenatural.

Carmen Aranegui, sin embargo, piensa que esas figuras no corresponden a la plasmación de un mito sino que, por el contrario, narran un hecho real, un rito: el pacto establecido entre dos comunidades, precisamente los lugares donde fueron localizadas las piezas, que





estarían representadas por los personajes que saludan. Mostraría las prerrogativas de una clase dominante, ya que, mientras la labranza obliga a regular los usos del suelo, la caza a caballo y la fauna salvaje exigían un espacio reservado a las aristocracias. Los destinatarios de estos vasos se convertirían en garantes del acuerdo.

Escenas pintadas en cálatos de Azaila (dibujo de Juan Cabré) y Alcorisa (dibujo de P. Atrián y M. Martínez)



Pareja de jóvenes en un fragmento de cálatos de El Palomar de Oliete, en el Museo de Zaragoza (Foto: José Garrido)

Estos mismos aristócratas están representados en algunas de las pinturas que decoran las vasijas. El Museo de Teruel conserva un conjunto excepcional procedente de El Castellillo de Alloza. Las escenas de caza y los lanceros allí plasmadas, y que también encontramos en los no menos extraordinarios cálatos de Azaila y Alcorisa, ilustran los hábitos de los jóvenes

aristócratas, es decir, la cinegética y la guerra. En estos repertorios faltan, no obstante, temas cortesanos, como los de las cerámicas de Liria, con damas y caballeros que danzan al son de los instrumentos musicales que ellos mismos tocan.

La única excepción se halla en Oliete, aunque se desconoce la clase social de los personajes que se representan, una pareja en visión frontal, figurada en un fragmento cerámico. El similar tratamiento, en composición y tamaño, dado a los dos jóvenes refleja una igualdad gráfica entre el hombre y la mujer, la misma que se acusa en las escenas cortesanas antes señaladas.

RITOS Y MITOS



La muerte, uno de los hechos más determinantes de la naturaleza humana, dio lugar a elaborados rituales entre los iberos. No fue uniforme el tratamiento dado a los difuntos. Varió con el tiempo y con aspectos vinculados a su edad y condición social. No hay evidencias seguras sobre las que fundamentar la existencia de sacrificios humanos, por lo que aquellas interpretaciones que algunos autores han hecho en ese sentido deben ser consideradas fantasiosas.

Pero el mundo de los muertos era sólo una parte de las manifestaciones rituales de los iberos. Otro gran conjunto era el que formaban las relaciones de los vivos con las deidades. Dos grupos de testimonios arqueológicos nos acercan a su conocimiento: los lugares destinados a la sacralidad y los restos materiales, como esculturas y cerámicas, ligados a liturgias muchas veces indescifrables, pero que dejan patente la complejidad del mundo espiritual de los iberos.

CEMENTERIOS

Un rasgo propio de las poblaciones que habitaron el actual territorio de Aragón durante el I milenio a. C. fue la

creación de verdaderos cementerios. Se situaban próximos a los asentamientos y marcaban, con la agrupación de tumbas y su delimitación territorial, los profundos cambios que se habían producido respecto de la etapa anterior. Su desarrollo fue paralelo a la incorporación de un nuevo ritual funerario que perduró hasta la época imperial romana: la cremación del cadáver en

una pira y el posterior enterramiento en una urna de los restos incombustibles, reducidos a pequeños fragmentos de huesos, y de los ajuares.

En las tierras sedimentarias del Ebro se puede constatar la construcción de tumbas de cierta monumentalidad. Una cista o caja de piedra sirve de protección a la urna y al ajuar, todo ello cubierto con un túmulo. Éste es el ritual que puede detectarse junto a las primeras manifestaciones ibéricas, con variaciones significativas que van desde los túmu-



*Cista del Piuró del Barranc Fondo, de Mazaleón.
(Foto: F. Burillo)*

los de adobe de Épila a los de piedra de pequeñas dimensiones de Azaila, los de mediano tamaño descubiertos en el propio casco urbano de Huesca (en la calle Martínez de Velasco) o las excepcionales cistas, de más de 1 m de altura, de Mazaleón y Calaceite.

Pero esta forma de enterrar se abandonó durante la denominada “crisis del Ibérico Antiguo”. Una de las características de los asentamientos de los siglos siguientes es la carencia de necrópolis identificadas. Realmente, contrasta su limitado número con el de los centenares de poblados de esta época. Las pocas conocidas, como la descubierta en Singra, muestran que el cambio del ritual consistió en abandonar las estructuras constructivas y en depositar las urnas en un hoyo, que en este caso se había excavado en la roca.

Por otra parte, y a diferencia de lo que ocurre en la vecina área celtibérica del territorio del Moncayo, Jalón y Alto Duero, y berona (de la actual Rioja), en la que se acompaña al difunto con sus armas y otros objetos metálicos, elementos todos ellos muy visibles cuando se descubre una necrópolis, en el ámbito ibérico la ausencia de este tipo de ajuares en esa etapa ha aumentado las dificultades existentes a la hora de identificar y diferenciar las manifestaciones superficiales de estos yacimientos respecto de otros con función de asentamientos. De ahí la aparente ausencia de necrópolis en esta fase.

SEPULTURAS EN LOS ESPACIOS DOMÉSTICOS

La inhumación de los muertos era una costumbre propia de las comunidades del II milenio a. C. que se vio desplazada por el rito de la cremación. Sin embargo, desde los primeros asentamientos de la cultura de los Campos de Urnas se inhumaba a niños de corta edad dentro de los mismos poblados. Los ejemplos se multiplican durante toda la etapa ibérica, lo que evidencia una continuidad en el ritual, que no sufre las transformaciones señaladas para las cremaciones.

En el Ibérico Antiguo los encontramos en El Piuró del Barranc Fondo, de Mazaleón; en el Ibérico Pleno, en San Antonio de Calaceite, El Tartrato de Alcañiz y Los Castellazos de Mediana de Aragón; en el Tardío, en La Romana de la Puebla de Híjar, El Palomar de Oliete, Alto Chacón y *Salduie*. Muestran variaciones según el número de enterramientos localizados, con grandes concentraciones en el caso de La Romana y El Palomar. Los hallazgos en la colonia romana de *Celsa* muestran la pervivencia del ritual.

Solía acompañar a los restos del difunto un ajuar limitado, con objetos como pulseritas de bronce y, a veces, huesos de corderos y/o cabritillos. Es interesante señalar que con frecuencia estos animales se inhumaban de forma aislada bajo los mismos suelos de las viviendas. Se ha defendido, para los hallazgos de la zona levantina, que pudiera tratarse de ritos de sacrificio fundacionales, de influencia

fenicia. Sin embargo, los precedentes locales son muy anteriores, además de que los casos en que aparecen varios de ellos dentro de una misma casa anulan la interpretación fundacional y derivan a la existencia de una importante mortalidad infantil.



Enterramiento infantil en el interior de una casa de El Palomar de Oliete, expuesto en el Museo de Teruel (Foto: J. Vicente)

Por lo tanto, un sector de la población (neonatos y lactantes, y también fetos) recibía un tratamiento diferenciado del resto. Sus cuerpos no eran alterados por el fuego y su enterramiento no se realizaba en el cementerio, sino en la propia casa, debajo del suelo o de las escaleras. Estos dos bloques en que se dividía la sociedad a la hora de la muerte indican la existencia de una distinta consideración social de los difuntos. A una temprana edad, que parece marcada por la aparición de los dientes, se producía la separación.

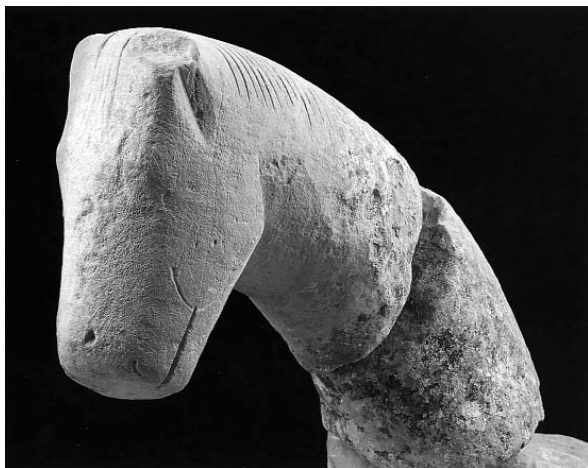
Quienes morían antes de ese momento, eran sepultados con un ritual privado, dentro del propio espacio doméstico en que residía su familia. Pero aquellos niños que fallecían pasada esta primera fase de la vida eran tratados de igual forma que los adultos y compartían con ellos el ceremonial público de cremación y depósito en el cementerio del poblado.

Un solo caso rompe la dualidad señalada: la inhumación de un niño en la necrópolis de Martínez de Velasco en Huesca, perteneciente al Ibérico Antiguo. Su excepcional ajuar de armas y broche de cinturón, impropio de su edad, señala lo personalizado del ritual. Su pertenencia a la elite social es la explicación que parece más coherente.

ELITES, GUERREROS, MONUMENTOS Y ESTELAS

El único grupo de adultos que recibió un trato diferenciado en las ceremonias funerarias fue el de los guerreros y aristócratas. En el Ibérico Antiguo, la tumba de Les Ferreres de Calaceite contiene un excepcional ajuar de armas, espadas y coraza, además de un timiaterio de bronce, que servía de soporte a productos que se quemaban (lo que proporciona información sobre una parte del ritual que debía de acompañar a este difunto). Era la tumba de un guerrero con una categoría social reconocida, lo que determina la causa de ese enterramiento singular.

El territorio oscense presenta una inusual concentración de esculturas relacionadas con el mundo funerario, si bien no se conoce con exactitud su cronología dentro de la etapa ibérica. La cabeza masculina tocada con un gorro cónico descubierta por Nieves Juste en la mencionada necrópolis de Martínez de Velasco en Huesca formaría parte de una escultura exenta de una altura superior al natural, perteneciente a un personaje de la aristocracia o elite local. El hecho de que hayan aparecido también fragmentos escultóricos menores revela la presencia de un com-



*Caballo esculpido en piedra, ballado en El Palao de Alcañiz
(Taller de Arqueología de Alcañiz) (Foto: Andrés Ferrer)*



Cabeza masculina de arenisca procedente de la necrópolis de la calle Martínez de Velasco, de Huesca (Foto: Alvira)

plejo monumental, con escenas que presentan como héroe o personaje sagrado a un individuo en el ámbito funerario.

En relación con las manifestaciones de este rico mundo espiritual deben figurar, asimismo, las dos estatuas de medianas dimensiones procedentes de Los Castellazos de la Albelda de la Litera, interpretadas por Francisco Marco como representaciones de un héroe sentado en un trono. De la partida de la Valfarta de Monzón procede un felino que, por su morfología y estilo, se vincula a las esculturas zoomorfas ibéricas tan frecuentes en los monumentos funerarios del sudeste de la Península y el Alto Guadalquivir. Fuera de este territorio, en El Palao de Alcañiz, se hallaron dos caballos que corresponden también al grupo de grandes esculturas, aunque su localización en un contexto urbano obliga a ser prudentes respecto de su interpretación.

Un texto de Silio Itálico, relativo a los celtíberos de la etapa histórica, señalaba que los guerreros muertos en combate quedaban expuestos a los buitres, y que éstos, al devorarlos, remontaban sus almas a los cielos. La aparición en Numancia de dos fragmentos de cerámica pintada en los que se observa el cadáver de un combatiente asociado a dicho animal ratificó la práctica de esa costumbre en el próximo territorio celtibérico. Este tratamiento no era, pues, propio de la clase superior de la sociedad sino únicamente de aquellos guerreros que morían en la batalla.

UNA TUMBA ARISTOCRÁTICA DEL PERIODO IBÉRICO ANTIGUO

En 1903, el agricultor Justo Pastor, al levantar “dos pedruscos a modo de lajas sin labrar” en su finca de Las Ferreres, en Calaceite, descubrió varios objetos metálicos y trozos de cerámica. Un joven calacitano, Juan Cabré, que con el tiempo llegaría a ser uno de los arqueólogos hispanos de mayor prestigio, reconstruyó, dibujó y publicó los hallazgos más destacados. Se trataba de una tumba de mediados del siglo VI a. C., correspondiente a la etapa final de los Campos de Urnas. Aunque destruida en gran parte por el arado, tenía las características propias de las descubiertas en esa época y en ese territorio: una cista (o caja de lajas de piedra) con los restos y ajuares funerarios en el interior, cubierta por un túmulo.

A juzgar por el ajuar que le acompañaba, correspondía al enterramiento de un guerrero. El cuerpo había sido quemado en una pira y los huesos calcinados, depositados en una urna. Junto a ella se colocaron varios objetos excepcionales. Cabré mencionaba la aparición de pedazos de una espada de hierro de hoja recta y empuñadura plana, y las asas de un recipiente de bronce; pero los que más difusión alcanzaron fueron una coraza y un timiaterio (quemador de perfumes) elaborados en bronce, que fueron vendidos poco después de ser encontrados: el primero, al coleccionista Antonio Vives, desde donde pasó al Museo de Menorca, y el segundo al Museo del Louvre, que lo devolvió al Gobierno español en 1941, junto con la Dama de Elche; hoy en día puede contemplarse en Madrid, en el Museo Arqueológico Nacional.

Dos timiaterios similares al de Calaceite han sido localizados en sendas tumbas del Lenguadoc (Francia), también en esos casos junto a ajuares destacados, lo que demuestra lo generalizado de la costumbre de depositar objetos preciados en tumbas de contenido singular. Es el más claro reflejo de la existencia de una emergente aristocracia en las comunidades del Ibérico Antiguo.



*Timiaterio o quemador de perfumes hallado en Les Ferreres,
Calaceite (Acuarela de Juan Cabré)*

El ámbito ibérico ha proporcionado también una iconografía única que demuestra, sin duda alguna, que se compartía un ritual similar. En una amplia zona que abarca desde Oliete a Calaceite, se ha descubierto una de las manifestaciones peculiares del Ibérico Tardío peninsular: las denominadas “estelas del Bajo Aragón”. En una de ellas, procedente de El Palao de Alcañiz, se representa a un jinete que porta lanza y *caetra* (escudo redondo) que,



Estela de guerrero muerto, con buitres, cánidos y una mano cortada, procedente de El Palao de Alcañiz (Taller de Arqueología de Alcañiz) (Foto: Andrés Ferrer)



Monumento de carácter funerario encontrado en La Vispesa, Tamarite de Litera, expuesto en el Museo de Huesca (Foto: Andrés Ferrer)

en la misma escena, aparece caído, rodeado de tres buitres y un cánido, y acompañado, además, por una mano cortada. El tamaño destacado de dicha mano, comparado con el del resto de las figuras, y el hecho de que esté amputada induce a identificarla con la imagen de otro guerrero al que se mató y se mutiló la mano. Con esta costumbre se relaciona la narración recogida por el historiador Diodoro Sículo (contemporáneo de César y Augusto): en el 409 a. C., los mercenarios ibéricos, tras el sitio de Selinunte (Sicilia), pusieron en picas las cabezas de los prisioneros y reunieron las manos cortadas, práctica que también realizaron los romanos.

El resto de las estelas del Bajo Aragón repite en su iconografía los motivos de puntas de lanza. Un texto de Aristóteles, que señala que los iberos clavaban tantas lanzas alrededor de la tumba de un hombre como enemigos había aniquilado, podría marcar el precedente de esta representación, pero el número extraordinario de algunas de ellas hace pensar más en su carácter simbólico que en una hazaña real. En algunos casos, aparecen en las estelas otros motivos de ese universo heroico, como jinetes lanceiros y carros. Así sucede en la —también única— estela de Caspe, que presenta cuatro escudos distribuidos debajo del busto de un león sedente.

Se puede concluir que toda la iconografía de las estelas parece relacionarse, sin excepción alguna, con el entorno

del guerrero, que tras su muerte recibe públicamente, mediante estas representaciones, un tratamiento de héroe. No es usual que lleven texto, pero en una hallada en Mas de Madalenes, de Cretas, se puede leer: «*calun seltar*». La segunda palabra se repite en otros contextos sepulcrales ibéricos y debió de significar «tumba» o «monumento funerario». Se ha de destacar este aspecto porque, hasta el presente, no existe ninguna referencia que asocie la procedencia de las estelas con una necrópolis. Muchas de ellas se han encontrado reaprovechadas en construcciones posteriores y, por tanto, alejadas de su lugar originario. De ahí que, si bien su simbolismo funerario no ofrece duda alguna, quepa la posibilidad de que su ubicación inicial estuviese fuera de los cementerios, en puntos destacados de un territorio o asentamiento, donde quedara evidente la heroicidad del personaje al que se había dedicado.

Distinta es la morfología de la estela de Mas de Barberán, de Nogueruelas, descubierta en una necrópolis. Representa el busto de un guerrero con su disco coraza, y un texto de cuatro líneas en lengua ibérica. Estas leyendas, más largas, que también aparecen en otra estela de Fraga, se asocian a los hallazgos de La Iglesuela del Cid, ya sin elementos figurativos, y a los frecuentes ejemplares del ámbito mediterráneo.

El denominado monumento de Binéfar, procedente de Vispesa (Tamarite de Litera), posee unas características

especiales. Sus dimensiones, el cuidadoso tratamiento de la iconografía y el epígrafe que lo recorre hacen de él una muestra singular respecto del grupo del Bajo Aragón. Sin embargo, comparte el simbolismo de su representación. Vuelve a aparecer el guerrero muerto, en este caso cuarteado para que no exista duda alguna en su interpretación. Junto a él, un grifo, animal simbólico vinculado al mundo de ultratumba. El fragmento conservado presenta cinco manos cortadas, así como una *caetra* y una lanza, con lo que se reiteran los símbolos ya comentados. El significado del texto nos es desconocido, pero una de las palabras, *neitin*, se identifica con una divinidad indígena. De ser así, quedaría relacionada la finalidad funeraria del monumento con esta deidad.

SANTUARIOS Y TEMPLOS

Los datos referidos a los lugares de culto ibérico en Aragón son muy escasos. El único que se ha identificado en un asentamiento es tardío: el pequeño templo de Azaila, situado en el punto de confluencia de dos calles, enfrente de la entrada al poblado. Sus características constructivas son plenamente romanas y debe datarse en un momento de la transición del siglo II al I a. C. En su interior, sobre un podio, se levantó un conjunto escultórico de bronce de tamaño natural, una composición formada por un caballo y dos personajes (masculino y femenino) de los que se han

conservado sus cabezas. Un estudio erróneo reconoció en una de ellas a Augusto, pero actualmente Miguel Beltrán defiende que corresponde a un héroe local.

Se carece de información sobre santuarios con exvotos, pero sí se han hallado manifestaciones comunes a una amplia área ibérica. En las cuevas tuvieron lugar rituales ligados al mundo subterráneo. Es frecuente encontrar en el interior de las grutas del área levantina vasos caliciformes destinados a realizar libaciones, los mismos recipientes que



Templo in antis de El Cabezo de Alcalá de Azaila (Foto: Andrés Ferrer)

portan las figuras oferentes que aparecieron en el Cerro de los Santos (Albacete). Con similar registro arqueológico e idéntico fin de cueva-santuario debe relacionarse la cueva del Coscojar, en Mora de Rubielos.

La cantera rocosa conocida como Peñalba de Villastar, en Teruel, fue objeto de peregrinación durante la etapa final de la época ibérica. No se han conservado restos de construcciones, pero sobre su pared se dejaron grafitos que, al hacer referencia al dios celta *Lug*, han llevado a identificar este lugar como un santuario celtibérico al aire libre. No obstante, es interesante señalar que, si bien muchas de las inscripciones son celtibéricas, existen algunas ibéricas, lo que, en consonancia con su localización geográfica, revelaría que podría tratarse de un santuario situado en la frontera de estos dos grupos étnicos. Por otra parte, debe destacarse que las características topográficas del lugar elegido y el ritual de las inscripciones hechas por los peregrinos son propios de la zona ibérica del litoral.

TERRACOTAS Y DECORACIONES CERÁMICAS

Son numerosas las representaciones humanas hechas en pequeñas terracotas. Todas las que se han encontrado proceden de asentamientos y se pueden agrupar en dos zonas. Una, la oscense, que enlaza con los hallazgos de la zona de Lérida, tiene ejemplares en Albelda, Monzón, la

propia ciudad de Huesca, Chalamera y San Esteban de la Litera. Y otra, la del Bajo Aragón, los posee en Alloza, Alcorisa, Alcañiz y Calaceite. Estas figuras, si bien se han interpretado como exvotos, difieren notablemente de lo que habitualmente se entiende como tales; los exvotos se suelen localizar en santuarios y, con independencia del material en que hayan sido fabricados, aparecen en gran número, hecho que no ocurre en este caso. Por otra parte, los santuarios, al igual que las actuales ermitas, se ubicaban en lugares aislados y no en el interior de los poblados.

Si se atiende a su tipología, las terracotas forman dos conjuntos, uno sin pintar, con rasgos variables, y otro pintado, que corresponde a figuras normalizadas y de una cronología que no sería anterior al siglo I a. C. Su función, salvo que se trate de meros juguetes, parece situarse dentro del ámbito de los cultos domésticos, y serían la imagen de una divinidad femenina.

También en el Bajo Aragón aparecen terracotas de pequeñas dimensiones que representan caballos, con la base de las patas perforada. Al margen del simbolismo que se atribuye a este animal, su finalidad no está definida.

El periodo final de la época ibérica destaca por la abundancia decorativa de las cerámicas. Los motivos geométricos de periodos anteriores se ven enriquecidos por complejas figuras, con símbolos, estilizaciones vegetales y escenas humanas y de animales. Los conjuntos de Azaila,



Cabeza femenina de terracota procedente de El Cabezo de La Guardia de Alcorisa, en el Museo de Teruel (Foto: Andrés Ferrer)

Alcorisa y Alloza comparten un repertorio iconográfico con otros territorios ibéricos, aunque poseen su propia personalidad. Existe consenso al señalar que, por encima de las diferencias de estilo, las vasijas con escenas figuradas fueron excepcionales. Los motivos que recogen respondían a encargos que se hacían al alfarero. Su destino debe clarificarse a partir de sus representaciones y del contexto en el que se descubren; pudieron servir bien como objetos de prestigio, que evidenciaban la categoría de su propietario, o bien para la realización de rituales de carácter social o religioso. En cualquier caso, su decoración plasma siempre el intrincado universo de la sociedad ibérica, con una evidente carga ideológica y religiosa.

Las escenas de caza, labranza, salutación, animales contrapuestos, etc. se interpretan sometiendo la iconografía a un verdadero análisis semántico, pero el desconocimiento actual de las claves y símbolos empleados lleva a discrepancias entre los investigadores, que se debaten entre quienes ven representaciones míticas y quienes opinan que son imágenes de ritos reales.

Francisco Marco, defensor del sincretismo de la religión ibérica, considera que los motivos que aparecen son traducción de otros cuyo significado es común a diferentes culturas mediterráneas. Así, la hiedra, tan frecuente en las cerámicas de Azaila, era símbolo de la inmortalidad; las palomas aludían a la Diosa Madre; las alas y los pájaros hacen referencia a la ascensión, en contraposición a los animales terrestres; y los genios infernales se identifican con el lobo, animal feroz por excelencia, que se representa atacando a ciervos y jabalíes y, en un caso, en Alloza, sometido por una figura humana.



Escenas pintadas en un cálatos de El Castellillo de Alloza (Dibujo de P. Atrián)

A MODO DE CONCLUSIÓN



Si al concluir estas páginas el lector se ha sentido interesado y atraído por alguno de los aspectos de la historia de los iberos, se habrá conseguido el objetivo principal que guió la redacción de esta pequeña obra. Tras esta apretada síntesis, tal vez surja la impresión de que estamos ante una etapa histórica bien conocida. Nada más lejos de la realidad. Sólo se ha descubierto una parte mínima de este pasado. Por suerte, queda inédita la mayor parte

de los “archivos del suelo”, el patrimonio de la arqueología ibérica que ha llegado hasta nosotros. Pero, por desgracia, es un patrimonio cultural gravemente amenazado por la sociedad en desarrollo. El reto que todos debemos asumir es el de preservar y transmitir este legado para conocimiento y disfrute de las generaciones venideras.



*Coraza de Les Ferreres,
Calaceite, en el Museo de Menorca*

BIBLIOGRAFÍA



- ASENSIO ESTEBAN, J. A.: «La ciudad en el mundo prerromano en Aragón», en *Caesaraugusta*, 70, Zaragoza, 1995.
- BELTRÁN LLORIS, F.: «La epigrafía como índice de aculturación en el valle medio del Ebro», en *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, 1993, pp. 235-272.
- BELTRÁN LLORIS, M.: *Azaila. Nuevas aportaciones deducidas de la documentación inédita de Juan Cabré Aguiló*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1995.
- Los iberos en Aragón*, Colección Mariano de Pano y Ruata, 11, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, 1996.
- BURILLO MOZOTA, F.: «La crisis del Ibérico Antiguo y su incidencia sobre los Campos de Urnas finales del Bajo Aragón», en *Kalathos*, 9-10, Teruel, 1989-90, pp. 95-124.
- «La Segunda Edad del Hierro en Aragón», en *Estado Actual de la Arqueología en Aragón*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1990, pp. 133-213; y *Caesaraugusta*, 72, I, Zaragoza, 1997, pp. 217-309.
- DE HOZ, J.: «La lengua y la escritura ibérica, y las lenguas de los iberos», en *Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1993, pp. 635-666.
- DOMÍNGUEZ, A.: *Las cecas ibéricas del valle del Ebro*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1979.

- FATÁS CABEZA, G.: «Un aspecto de la explotación de los indígenas hispanos por Roma: los botines de guerra en la Citerior», en *Estudios*, II, Zaragoza, 1973, pp. 101-123.
- JUSTE ARRUGA, M^a N.: *Huesca: más de dos mil años*, Ayuntamiento de Huesca, Huesca, 1995.
- MARCO SIMÓN, F.: «Consideraciones sobre la religiosidad ibérica en el ámbito turolense», en *Kalathos*, 3-4, Teruel, 1983-84, pp. 71-93.
- MARCO, F. y BALDELLOU, V.: «El monumento ibérico de Binéfar (Huesca)», en *Pyrenae*, XII, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1976, pp. 91-115.
- RUIZ, A. y MOLINOS, M.: *Los iberos. Análisis de un proceso histórico*, Editorial Crítica, Barcelona, 1993.
- RUIZ ZAPATERO, G.: «El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior», en *Kalathos*, 3-4, Teruel, 1983-84, pp. 51-70.
- SANMARTÍ GREGO, E.: «Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón (comarca del Mataranya)», en *Cuadernos de Prehistoria Castellonense*, 2, Castellón, 1975, pp. 87-127.
- VICENTE, J. D., EZQUERRA, B. y ESCRICHE, C.: *En Oliete hace dos mil años*, Museo de Teruel, Teruel, 1990.
- VV. AA.: «Monografía de Época Ibérica. Homenaje a Juan Cabré y Santiago Querol», en *Kalathos*, 3-4, Teruel, 1983-84.
- VV. AA.: *Los Iberos. Príncipes de Occidente*, Ministerio de Educación y Cultura, Fundación La Caixa, Barcelona, 1998.



51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M^a Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón

74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M^a Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte
79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo



82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque y C. Aibar
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100
85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M^a Jesús Lacarra
88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M^a Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M^a A. Martín Zorraquino y José M^a Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés
95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA